



William Shakespeare

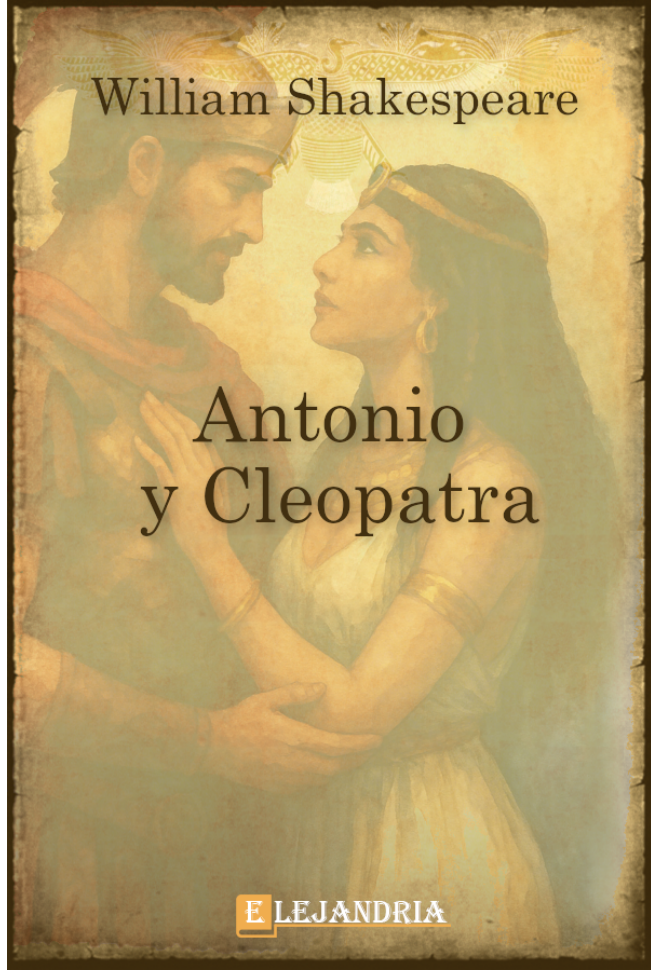
Antonio
y Cleopatra

E LEJANDRIA

William Shakespeare

Antonio
y Cleopatra

E LEJANDRIA



LIBRO DESCARGADO EN WWW.ELEJANDRIA.COM, TU SITIO WEB DE OBRAS DE
DOMINIO PÚBLICO
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!

ANTONIO Y CLEOPATRA

WILLIAM SHAKESPEARE

PUBLICADO: 1623

FUENTE: EN.WIKISOURCE.ORG

**EDICIÓN: YALE UNIVERSITY PRESS, HENRY SEIDEL CANBY,
1921**

TRADUCTOR: ELEJANDRÍA

ANTONIO Y CLEOPATRA

PERSONAJES DE LA OBRA

Triunviros:

Marco Antonio,
Octavio César,
M. Aemilio Lépido

Sexto Pompeyo

Amigos de Antonio:

Domicio Enobarbo,
Ventidio,
Eros,
Escaro,
Dercetas,
Demetrio,
Filó

Amigos de César:

Mecenas,
Agripa,
Dolabella,
Proculeo,

Tiro,
Gallo,

Amigos de Pompeyo:

Menas,
Menécato,
Varrius

Tauro , Teniente General de César

Canidio , Teniente General de Antonio

Sílio , Oficial al servicio de Ventidio

Eufronio , Maestro de Escuela

Asistentes de Cleopatra:

Alexas,
Mardiano,
Seleuco,
Diomedes,

Un Adivino

Un Bufón

Cleopatra , Reina de Egipto

Octavia , Hermana de César y esposa de Antonio

Asistentes de Cleopatra:

Carmiana,
Iras

Oficiales, Soldados, Mensajeros y otros Asistentes

Escena: En varias partes del Imperio Romano]

ACTO PRIMERO

ESCENA PRIMERA

[Alejandría. Una habitación en el Palacio de Cleopatra]

Entran Demetrio y Filó.

Filó. No, pero esta senectud de nuestro general desborda la medida; aquellos sus ojos hermosos, que sobre las filas y tropas de la guerra brillaron como Marte encamisado, ahora se inclinan, ahora se vuelven el encargo y la devoción de su vista hacia un semblante tostado; su corazón de capitán, que en los zarandeos de grandes combates ha reventado las hebillas en su pecho, reniega de toda templanza, y se ha convertido en fuelles y abanico para enfriar la lujuria de una gitana. ¡Mirad! Ahí vienen.

Florece. Entran Antonio, Cleopatra, sus Damas, la Comitiva, con Eunucos abanándole.

Observad bien, y veréis en él el triple pilar del mundo transformado en el bufón de una ramera; contemplad y ved.

Cleopatra. Si de verdad es amor, decidme cuánto.

Antonio. Hay mendicidad en el amor que se puede contar.

Cleopatra. Marcaré un límite de hasta dónde se ha de amar.

Antonio. Entonces tendrás que descubrir un nuevo cielo, una nueva tierra.

Entra un Mensajero.

Mensajero. Noticias, mi buen señor, de Roma.

Antonio. Me irrita; la suma.

Cleopatra. No, escúchalos, Antonio:
Fulvia, acaso, está enojada; o, quién sabe
si el escasamente barbudo César no te ha enviado
su poderoso mandato, "Haz esto, o aquello;
Toma aquel reino, y emancipa ese;
cumple, o te maldecimos."

Antonio. ¿Cómo, mi amor!

Cleopatra. ¡Quizá! No, y muy probablemente;
no debes quedarte aquí más; tu cese
ha llegado por parte de César; por tanto, escúchalo, Antonio.
¿Dónde está el mandato de Fulvia? ¿De César, diría yo, o ambos?
Llamad a los mensajeros. Siendo yo la reina de Egipto,
te sonrojás, Antonio, y esa sangre tuya
es humilde servidor de César; de otro modo, tu mejilla da vergüenza
cuando la Fulvia de lengua chillona te reprende. ¡Los mensajeros!

Antonio. ¡Que Roma se derrita en el Tíber, y caiga el amplio arco
del ordenado imperio! Aquí está mi espacio.
Los reinos son arcilla; nuestra tierra, tan inmunda,
alimenta a bestia y a hombre por igual; la grandeza de la vida
consiste en hacer tal cosa; cuando tal pareja mutua
[abrazándose]
y tal binomio pueden hacerlo, en lo que yo comprometo,
bajo pena de castigo, que el mundo sepa
que somos insuperables.

Cleopatra. ¡Excelente falsedad!
¿Por qué se casó con Fulvia y no la amó?
No pareceré el necio que no soy; Antonio
será él mismo.

Antonio. Pero, inspirado por Cleopatra.
Ahora, por el amor del Amor y de sus suaves horas,
no confundamos el tiempo con asambleas rudas:

no debe extenderse ni un minuto de nuestras vidas sin algún placer ahora. ¿Qué entretenimiento para esta noche?

Cleopatra. Escuchad a los embajadores.

Antonio. ¡Ay, reina regañona!
A quien todo le viene bien, regañar, reír,
llorar; cuyas pasiones se esfuerzan al máximo
por hacerse, en ti, hermosa y admirada.
Ningún mensajero, sino el tuyo; y solos,
esta noche vagaremos por las calles y anotaremos
las cualidades de la gente. Ven, mi reina;
anoche lo deseaste: no nos hables.

(Salen Antonio y Cleopatra, con la Comitiva.)

Demetrio. ¿Ha sido tan poco valorado por César el Antonio?

Filó. Señor, a veces, cuando no es Antonio,
carece demasiado de esa gran cualidad
que siempre ha de acompañar a Antonio.

Demetrio. Lamento mucho
que apruebe al mentiroso común, que
así habla de él en Roma; pero esperaré
mejores acciones mañana. ¡Descansad felices!

(Salen.)

ESCENA SEGUNDA

[Otra habitación]

Entran Enobarbo, Lamprio, un Adivino, Rannio, Lucilio, Carmiana, Iras, Mardiano (el Eunuco) y Alexas.

Carmiana. Señor Alexas, dulce Alexas, todo Alexas, casi el más absoluto Alexas, ¿dónde está el adivino que tanto alabaste a la reina? ¡Oh! que conociera a este esposo, el cual, decís, debe engalanar sus cuernos con guirnaldas.

Alexas. ¡Adivino!

Adivino. ¿Tu voluntad?

Carmiana. ¿Es este el hombre? ¿Eres tú, señor, que conoces cosas?

Adivino. En el libro infinito de los secretos de la naturaleza, un poco puedo leer.

Alexas. Muéstrale tu mano.

Enobarbus. Traed pronto el banquete; suficiente vino para brindar por la salud de Cleopatra.

Carmiana. Buen señor, concédeme buena fortuna.

Adivino. No la creo, sino que la preveo.

Carmiana. Te ruego, prevéme una.

Adivino. Serás aún mucho más bella de lo que eres.

Carmiana. Se refiere a la carne.

Iras. No, pintarás cuando seas vieja.

Carmiana. ¡Las arrugas lo impiden!

Alexas. No irrites su presciencia; está atento.

Carmiana. ¡Silencio!

Adivino. Serás más amada que amada.

Carmiana. Prefiero calentar mi hígado bebiendo.

Alexas. No, escúchalo.

Carmiana. ¡Bien, ahora, qué excelente fortuna!
Déjame casarme con tres reyes en una mañana,
y viudarme de todos; que tenga un hijo a los cincuenta,
a quien Herodes de Judea pueda rendir homenaje; que me casen
con Octavio César, y me acompañe mi amante.

Adivino. Sobrevivirás a la dama a quien sirves.

Carmiana. ¡Oh, excelente! Amo la larga vida más que los higos.

Adivino. Has visto y probado una fortuna anterior más hermosa
que la que se avecina.

Carmiana. Entonces, acaso, mis hijos no tendrán nombre alguno;
te ruego, ¿cuántos muchachos y mozas debo tener?

Adivino. Si cada uno de tus deseos tuviera un vientre,
y cada deseo fuera fértil, un millón.

Carmiana. ¡Fuera, tonto! Te perdono por una bruja.

Alexas. Crees que nadie salvo tus sábanas conoce tus deseos.

Carmiana. No, ven, cuenta a Iras los suyos.

Alexas. Conoceremos todas nuestras fortunas.

Enobarbus. Las mías, y la mayoría de nuestras fortunas, esta
noche serán —embriagadas hasta la cama.

Iras. Hay una palma que presagia castidad, si nada más.

Carmiana. Así como el Nilo rebosante presagia hambre.

Iras. ¡Id, compañero de lecho salvaje, no puedes predecir con
certeza!

Carmiana. No, si una palma aceitosa no es una profecía fructífera,
no puedo rascarme la oreja.

Te ruego, sólo dile una fortuna común.

Adivino. Tus fortunas son iguales.

Iras. ¿Pero cómo? ¿cómo? Dame detalles.

Adivino. Lo he dicho.

Iras. ¿No soy acaso una pulgada de fortuna mejor que ella?

Carmiana. Bueno, si fueras sólo una pulgada de fortuna mejor que yo, ¿dónde la escogerías?

Iras. No en la nariz de mi marido.

Carmiana. ¡Que nuestros peores pensamientos sean sanados por el cielo!

Alexas, —ven, su fortuna, su fortuna. ¡Oh!

déjalo casarse con una mujer que no pueda dar a luz, dulce Isis, te ruego;

y que ella muera también, y le dé una peor;

y que peor siga a peor, hasta que el peor de todos lo siga riendo hacia su tumba,

cincuenta veces cornudo. ¡Buena Isis, escucha esta oración,

aunque me niegues algo de mayor importancia; buena Isis, te suplico!

Iras. Amén. ¡Querida diosa, escucha esa oración del pueblo!

Porque, así como es desgarrador ver a un hombre apuesto cornudo, también es una pena mortal contemplar a un vil canalla sin ser cornudo:

por ello, querida Isis, mantén el decoro, y fortuna para él en consecuencia.

Carmiana. Amén.

Alexas. ¡He aquí! si estuviera en sus manos hacerme cornudo, se harían prostitutas, pero lo harían.

Entra Cleopatra.

Enobarbus. ¡Silencio! Aquí viene Antonio.

Carmiana. No él; la reina.

Cleopatra. ¿Has visto a mi Señor?

Enobarbus. No, mi Señora.

Cleopatra. ¿No estuvo aquí?

Carmiana. No, señora.

Cleopatra. Estaba dispuesto a la alegría; pero de repente un pensamiento romano lo ha golpeado. ¡Enobarbus!

Enobarbus. ¡Señora!

Cleopatra. Buscadlo, y traedlo aquí. ¿Dónde está Alexas?

Alexas. Aquí, a su servicio. Mi Señor se acerca.

Entran Antonio, con un Mensajero [y Asistentes].

Cleopatra. No le miraremos; venid con nosotras.

(Salen Cleopatra, Enobarbo, Alexas, Iras, Carmiana, Adivino y Asistentes.)

Mensajero. Fulvia, tu esposa, fue la primera en entrar al campo.

Antonio. ¿Contra mi hermano Lucio?

Mensajero. Sí:

pero pronto terminó esa guerra, y la coyuntura del tiempo los hizo amigos, uniendo sus fuerzas contra César, cuya mejor campaña en la guerra, desde Italia, los expulsó en el primer encuentro.

Antonio. Pues, ¿qué peor?

Mensajero. La naturaleza de las malas noticias contamina al que las cuenta.

Antonio. Cuando se trata del necio o cobarde. En fin; las cosas pasadas ya están hechas conmigo. Así es: quien me dice la verdad, aunque en su relato haya muerte, lo oigo mientras me halaga.

Mensajero. Labieno—
estas son noticias duras—ha, con su fuerza parto,
extendido Asia; desde el Éufrates

su bandera conquistadora tembló desde Siria
hasta Lidia y hasta Jonia: mientras—

Antonio. Antonio, tú dirías—

Mensajero. ¡Oh, mi señor!

Antonio. Háblame en privado, sin atenuar el lenguaje general;
nombra a Cleopatra como se le llama en Roma;
reprende, con la frase de Fulvia; y burla mis defectos
con tal plena licencia como la verdad y la malicia
tienen poder de expresar. ¡Oh! entonces sacamos maleza
cuando nuestras mentes ágiles yacen quietas; y nuestros males
contados
son como nuestro arado. Adiós por un tiempo.

Mensajero. A tu noble gusto. (Sale el Mensajero.)

Antonio. ¡Desde Sicon, oh, las noticias! ¡Hablad allí!

[Primer Asistente.] El hombre de Sicon, ¿existe tal uno?

[Segundo Asistente.] Se mantiene según tu voluntad.

Antonio. Que aparezca.
Estos fuertes grilletes egipcios debo romper,
o perderme en senectud.

Entra otro Mensajero, con una carta.

—¿Qué es esto?

[Segundo Mensajero.] Fulvia, tu esposa, está muerta.

Antonio. ¿Dónde murió ella?

[Segundo Mensajero.] En Sicon:
la duración de su enfermedad, con lo que más serio
te importe saber, esto lo dice.
(Entrega una carta.)

Antonio. Abstente de mí.
(Sale el Segundo Mensajero.)

¡Se ha ido un gran espíritu! Así lo deseé:
lo que nuestros desprecios a menudo nos arrojan,
queremos que vuelva a ser nuestro; el placer presente,
al ser abatido por la revolución, se torna
en lo opuesto a sí mismo: es bueno, al haberse ido;
la mano podría arrancarla de regreso la que la empujó.

Debo apartarme de esta encantadora reina;
diez mil agravios, más que los males que conozco,
nace de mi inactividad. ¡¿Qué pasa?! ¡Enobarbus!

Entra Enobarbus.

Enobarbus. ¿Cuál es tu deseo, señor?

Antonio. Debo irme con prontitud de aquí.

Enobarbus. Pues, entonces, matamos a todas nuestras mujeres.
Vemos cuán mortal es una deslealtad para ellas; si
soportan nuestra partida, la muerte es la palabra.

Antonio. Debo marcharme.

Enobarbus. Bajo una ocasión apremiante, dejemos que mueran las
mujeres.

Sería una lástima desecharlas sin motivo;
aunque entre ellas y una gran causa no se estime nada.
Cleopatra, al captar el menor ruido de esto, muere al instante;
la he visto morir veinte veces en momentos mucho más pobres.
Creo que hay coraje en la muerte que realiza algún acto de amor
hacia ella, posee tal celeridad al morir.

Antonio. Es astuta más allá del pensamiento humano.

Enobarbus. ¡Ay, señor, no; sus pasiones están compuestas
de nada más que la parte más fina del amor puro. No
podemos llamar a sus vientos y aguas suspiros y lágrimas;
son tormentas y tempestades mayores de lo que los almanaques
pueden informar:
esto no puede ser astucia en ella; si lo fuera, provocaría un aguacero
tan bien como Júpiter.

Antonio. ¡Ojalá nunca la hubiera visto!

Enobarbus. ¡Oh, señor! entonces habrías dejado de ver una obra maravillosa, la cual no haber sido bendecida la habría desacreditado en tu viaje.

Antonio. Fulvia está muerta.

Enobarbus. ¿Señor?

Antonio. Fulvia está muerta.

Enobarbus. ¡Fulvia!

Antonio. Muerta.

Enobarbus. ¡Señor, ofrezcamos un sacrificio de agradecimiento a los dioses!

Cuando a sus deidades les place quitarle a un hombre su esposa, se les muestran a los hombres los sastres de la tierra; consolando en ello, que

cuando las viejas túnicas se desgastan, hay miembros para confeccionar nuevas.

Si no hubiera más mujeres salvo Fulvia, entonces tendrías, en verdad, un corte,

y el caso sería lamentable: este dolor está coronado con consuelo; tu viejo camisón da lugar a una nueva enagua;

y, de hecho, las lágrimas viven en una cebolla que debería regar este dolor.

Antonio. El asunto que ella ha iniciado en el estado no puede soportar mi ausencia.

Enobarbus. Y el asunto que has iniciado aquí no puede prescindir de ti; especialmente el de Cleopatra, que depende totalmente de tu residencia.

Antonio. No más respuestas ligeras. Que nuestros oficiales se enteren de lo que pretendemos. Romperé la causa de nuestra expedición ante la reina, y conseguiré su permiso para partir.

Pues no solo la muerte de Fulvia, con urgencias mayores, nos habla enérgicamente, sino también las cartas de muchos de nuestros amigos conspiradores en Roma nos solicitan en casa. Sexto Pompeyo ha osado enfrentarse a César, y manda el imperio del mar; nuestro pueblo resbaladizo—cuyo amor jamás se vincula con quien lo merece hasta que sus méritos hayan pasado— comienza a tirar a Pompeyo el Grande y todas sus dignidades sobre su hijo; quien, elevado en nombre y poder, más que ambos en sangre y vida, se alza como el soldado principal, cuya calidad, en su devenir, los confines del mundo pueden poner en peligro. Mucho se gesta, que, como el cabello de un corcel, apenas tiene vida, y no es veneno de serpiente. Decid, nuestro placer, a aquellos cuyo lugar está debajo de nosotros, requiere nuestra pronta partida de aquí.

Enobarbus. Lo haré. (Salen.)

ESCENA TERCERA

[Otra habitación]

Entran Cleopatra, Carmiana, Alexas e Iras.

Cleopatra. ¿Dónde está él?

Carmiana. No lo he visto desde entonces.

Cleopatra. Mirad dónde está, quién lo acompaña, qué hace; yo no os envié: si lo encontráis triste,

decid que estoy bailando; si está en júbilo, informad que de repente me he enfermado: id rápido, y volved.

(Sale Alexas.)

Carmiana. Señora, me parece que si le amáis profundamente, no tenéis método para exigirle lo mismo.

Cleopatra. ¿Qué debo hacer, si no lo hago?

Carmiana. En cada cosa dejadle libertad, no lo contradigas en nada.

Cleopatra. Enseñáis como un necio: esa es la manera de perderlo.

Carmiana. No lo tientes demasiado; os ruego, absteneos: a tiempo odiamos aquello que a menudo tememos. Pero aquí viene Antonio.

(Entra Antonio.)

Cleopatra. Estoy enferma y hosca.

Antonio. Lamento dar curso a mi propósito, —

Cleopatra. Ayudadme a irme, querida Carmiana, que voy a desfallecer:
no puede ser tan prolongado, que los confines de la naturaleza no lo soporten.

Antonio. Ahora, mi amada reina, —

Cleopatra. Os ruego, estad más lejos de mí.

Antonio. ¿Qué sucede?

Cleopatra. Sé, por ese mismo ojo, que hay buenas noticias. ¿Qué dice la casada? ¿Podéis ir?
¡Ojalá nunca os hubiera dado permiso para venir!
Que no diga que soy yo quien os retiene aquí;
no tengo poder sobre vosotros; sois de ella.

Antonio. Los dioses lo saben mejor, —

Cleopatra. ¡Oh! nunca ha habido una reina tan poderosamente traicionada;
aún desde el primer momento vi las traiciones sembradas.

Antonio. Cleopatra, —

Cleopatra. ¿Por qué debería pensar que puedes ser mío y fiel, aunque al jurar sacudas a los dioses entronizados, que han sido falsos con Fulvia? Una locura tumultuosa, enredarse con esos juramentos de labios, que se quiebran al ser jurados!

Antonio. Dulcísima reina, —

Cleopatra. No, os ruego, no busquéis adornos para vuestra partida,
sino que despedíos y id: cuando suplicasteis quedaros, entonces era tiempo para palabras; en ese entonces no partíamos: la eternidad estaba en nuestros labios y ojos, la dicha en nuestras cejas arqueadas; ninguna de nuestras partes tan pobres fue una carrera celestial. Están tan quietos, o tú, el mayor soldado del mundo, te has convertido en el mayor mentiroso.

Antonio. ¡¿Qué pasa, señora?!

Cleopatra. ¡Ojalá tuviera tus centímetros; deberías saber que hubo un corazón en Egipto.

Antonio. Escúchame, reina:
la fuerte necesidad del tiempo manda nuestros servicios por un tiempo,
pero mi corazón pleno permanece en uso contigo.
Nuestra Italia resplandece con espadas civiles; Sexto Pompeyo se acerca al puerto de Roma;
la igualdad de dos poderes internos engendra una facción escrupulosa.
Los odiados, fortalecidos, se han vuelto recientemente amados;
el condenado Pompeyo, rico en el honor de su padre,

se arrastra rápidamente en los corazones de aquellos que no han prosperado en el estado actual, cuyos números amenazan; y la quietud, harta del reposo, se purgaría con cualquier cambio desesperado. Mi más particular, y lo que más contigo aseguraría mi partida, es la muerte de Fulvia.

Cleopatra. Aunque la edad no me diera libertad de la necesidad, sí lo hace de la infantilidad: ¿puede morir Fulvia?

Antonio. Está muerta, mi reina: mirad aquí, y a vuestro soberano placer leed los disturbios que ella despertó; al final, lo mejor, ved cuándo y dónde murió.

Cleopatra. ¡Oh, amor tan falso! ¿Dónde están los vasos sagrados que debieras llenar con agua de llanto? Ahora veo, veo, en la muerte de Fulvia, cómo será la mía recibida.

Antonio. No más disputas, pero estad preparada para conocer los propósitos que llevo, los cuales cesarán según vos aconsejéis. Por el fuego que aviva la baba del Nilo, me voy de aquí como tu soldado, servidor, haciendo la paz o la guerra según lo deseéis.

Cleopatra. ¡Corta mi encaje, Carmiana, ven; pero que así sea: me enfermo rápidamente, y bien; así ama Antonio.

Antonio. Mi preciosa reina, abstente, y da verdadera evidencia de ese amor que soporta un juicio honorable.

Cleopatra. Así me dijo Fulvia. Te ruego, apartaos y llorad por ella; luego despedidme, y decid que las lágrimas pertenecen a Egipto:

muy bien, ahora representad una escena de excelente disimulo, y dejad que parezca como honor perfecto.

Antonio. Calentarás mi sangre; nada más.

Cleopatra. Podéis hacerlo mejor aún, pero esto es adecuado.

Antonio. Ahora, por mi espada, —

Cleopatra. Y su escudo. Aún se recupera; pero esto no es lo mejor. Mirad, os ruego, Carmiana, cómo este romano hercúleo se convierte en el porte de su irritación.

Antonio. Os dejo, señora.

Cleopatra. Cortés señor, una palabra. Señor, tú y yo debemos separarnos, pero eso no es todo: señor, tú y yo nos hemos amado, pero no es eso; que bien sabéis: algo es lo que yo desearía, — ¡Oh! mi olvido es un verdadero Antonio, y yo estoy completamente olvidada.

Antonio. Pero si vuestra majestad mantiene la ociosidad sobre su súbdito, os tomaré como ociosidad en persona.

Cleopatra. Es un labor sudoroso soportar tan cerca del corazón tal ociosidad como la de Cleopatra. Pero, señor, perdonadme, ya que mis acaecimientos me matan cuando no os miran bien. Vuestro honor os llama de aquí; por tanto, haced caso omiso a mi despreciada necesidad, ¡y que todos los dioses os acompañen! ¡Sobre vuestra espada se siente la victoria de laurel! y que el éxito suave sea esparcido ante vuestros pies!

Antonio. Vámonos. Ven; nuestra separación es tan constante y fugaz, que tú, residiendo aquí, aún te vas conmigo, y yo, partiendo fugazmente, me quedo aquí contigo. ¡Id! (Salen.)

ESCENA CUARTA

(Roma. Una habitación en la casa de César)

Entran Octavio [César], leyendo una carta, Lépido y su Comitiva.

César. Podéis ver, Lépido, y de ahora en adelante sabed, que no es el vicio natural de César odiar a nuestro gran competidor. Desde Alejandría estas son las noticias: él pesca, bebe, y derrocha las lámparas de la noche en jolgorio; no es más varonil que Cleopatra, ni la reina de Ptolomeo más femenina que él; apenas dio audiencia, o se dignó a pensar que tenía compañeros: hallaréis allí a un hombre que es el abstracto de todos los defectos que todos los hombres siguen.

Lépido. No debo pensar que hay males suficientes para oscurecer toda su bondad; sus defectos en él parecen como las manchas del cielo, más ardientes por la negrura de la noche; hereditarios y no adquiridos; lo que no puede cambiar es aquello que él elige.

César. Eres demasiado indulgente. Concedamos que no es malo caer en el lecho de Ptolomeo, dar un reino por un jolgorio, sentarse y turnarse en beber con un esclavo, dar vueltas por las calles al mediodía, y soportar el asalto de bribones que huelen a sudor; decid que esto le conviene, — pues su compostura debe ser realmente rara aquella a la que estas cosas no pueden manchar, — sin embargo, Antonio de ninguna manera puede excusar sus deslices,

cuando soportamos tanto peso en su ligereza.
Si él llenó su vacío con su voluptuosidad,
la completa indulgencia y la sequedad de sus huesos se lo reclaman;
pero para confundir tal tiempo que lo separa de su diversión,
y habla tan fuerte como su propio estado y el nuestro,
es ser reprendido como valoramos a los muchachos,
que, siendo maduros en conocimiento,
ponen en prenda su experiencia por su placer presente,
y así se rebelan contra el juicio.

(Entra un Mensajero.)

Lépido. Aquí hay más noticias.

Mensajero. César, te traigo la palabra:
Menécato y Menas, famosos piratas,
hacen que el mar les sirva, al que arañan y hieren
con quillas de toda clase: hacen muchas incursiones ardientes en
Italia;
las fronteras marítimas se quedan sin sangre al pensar en ello,
y la juventud enrojecida se revuelve;
ningún navío puede asomar, que sea tan pronto
capturado como visto; pues el nombre de Pompeyo impresiona más
de lo que su guerra podría resistir.

César. Antonio,
deja tus libaciones lascivas. Cuando fuiste derrotado en Módena,
donde mataste a Hirtius y Pansa, cónsules, a tus pies
siguió la hambruna, contra quienes combatiste,
aunque educado con delicadeza, con una paciencia
que más que los salvajes podrían soportar; bebiste
la impureza de los caballos y el charco dorado
al que los animales se atragantan; entonces tu paladar se dignó
a probar la baya más áspera en la verja más rústica;
sí, como el ciervo, cuando la nieve cubre los pastos,
los cortes de los árboles fuiste rozando; en los Alpes
se dice que comiste carne extraña,
por la cual algunos murieron de verla; y todo esto—

lesiona tu honor que lo hable ahora—
fue llevado con tal similitud a un soldado, que tu mejilla
ni siquiera se encogió.

Lépido. Es una lástima por él.

César. Que sus vergüenzas lo empujen rápidamente a Roma.
Es hora de que nosotros dos nos mostremos en el campo;
y para ello convocamos un consejo inmediato; Pompeyo
prospera en nuestra ociosidad.

Lépido. Mañana, César,
estaré preparado para informarte correctamente
tanto de lo que por mar como por tierra pueda afrontar en este
momento presente.

César. Hasta ese encuentro,
también es mi asunto. Adiós.

Lépido. Adiós, mi señor.
Lo que sepas mientras tanto de los movimientos en el exterior,
te rogaré, señor, que me permitas participar.

César. No dudes, señor;
lo sabía por mi vínculo. (Salen.)

ESCENA QUINTA

[Alejandría. Una habitación en el Palacio]

Entran Cleopatra, Carmiana, Iras y Mardiano.

Cleopatra. ¡Carmiana!

Carmiana. ¡Señora!

Cleopatra. ¡Ja, ja!

Dame mandrágora para beber.

Carmiana. ¿Por qué, señora?

Cleopatra. Para que pueda dormir durante este gran lapso de tiempo mientras mi Antonio está ausente.

Carmiana. Pensáis en él demasiado.

Cleopatra. ¡Oh! es traición.

Carmiana. Señora, confío en que no.

Cleopatra. ¡Tú, eunuco Mardiano!

Mardiano. ¿Cuál es el deseo de vuestra alteza?

Cleopatra. No es momento de oírte cantar; no encuentro placer en nada de lo que un eunuco pueda tener. Es bueno para ti, que, siendo no seminario, tus pensamientos más libres no escapen de Egipto. ¿Tienes afectos?

Mardiano. Sí, querida señora.

Cleopatra. ¡En efecto!

Mardiano. No en hechos, señora; pues no puedo hacer nada salvo lo que en hechos es honesto hacer; sin embargo, tengo intensos afectos, y pienso en lo que Venus hizo con Marte.

Cleopatra. ¡Oh, Carmiana!

¿Dónde crees que está ahora? ¿Está de pie, o sentado?

¿O camina? ¿O está en su caballo?

¡Oh, caballo dichoso, que soportas el peso de Antonio!

Sé valiente, caballo, pues ¿sabes a quién llevas?

El semiatlas de esta tierra, el brazo y el petricor de los hombres. Ahora habla, o murmura "¿Dónde está mi serpiente del antiguo Nilo?"

porque así me llama. Ahora me alimento
con el veneno más delicioso. ¿Piensa en mí,
que estoy con los besos amorosos y negros de Febo,
y arrugada profundamente con el tiempo?
César de frente ancho,
cuando estuviste aquí sobre la tierra yo era
un bocado para un monarca, y el gran Pompeyo
se detenía y hacía crecer sus ojos en mi frente;
allí anclaría su aspecto y moriría
al contemplar su vida.

(Entra Alexas.)

Alexas. ¡Salve, soberana de Egipto!

Cleopatra. ¡Cuán diferente eres, Marco Antonio!
Sin embargo, viniendo de él, ese gran remedio te ha
con su tinte dorado.

¿Cómo va mi valiente Marco Antonio?

Alexas. Lo último que hizo, querida reina,
fue besar, el último de muchos besos dobles,
esta perla oriental. Su discurso se me queda en el corazón.

Cleopatra. Mi oído debe arrancárselo de allí.

Alexas. "Buen amigo", dijo él,
"Dime, el firme romano envía al gran Egipto
este tesoro de una ostra; a cuyo pie,
para enmendar el vil presente, remendaré
su opulento trono con reinos; todo el oriente,
decid, llamará a su señora." Así asintió,
y sobria y dignamente montó un corcel enclenque,
que relinchó tan alto que lo que hubiera dicho
fue silenciado por su bestial mudez.

Cleopatra. ¿Estaba triste o alegre?

Alexas. Como en el tiempo del año entre los extremos
del calor y el frío; ni triste ni alegre estaba.

Cleopatra. ¡Oh, disposición bien equilibrada! Notadlo, notadlo, buena Carmiana, es el hombre; pero notadlo: no estaba triste, pues brillaría sobre aquellos que imitan su semblante; no estaba alegre lo que parecía decirles que su recuerdo yacía en Egipto con su alegría; pero entre ambos: ¡Oh, divina mezcla! Seas triste o alegre, la intensidad de cualquiera te sienta, como a ningún otro hombre. ¿Recibisteis mis mensajes?

Alexas. Sí, señora, veinte mensajeros distintos. ¿Por qué enviáis tantos?

Cleopatra. Quien nazca en el día en que olvide enviar a Antonio, morirá mendigo. Tinta y papel, Carmiana. Bienvenido, mi buen Alexas. ¿Acaso yo, Carmiana, amé alguna vez a César tanto?

Carmiana. ¡Oh! ese valiente César.

Cleopatra. ¡Que se ahogue con tan otro énfasis! Decid, el valiente Antonio.

Carmiana. ¡El valiente César!

Cleopatra. ¡Por Isis, os arrancaré los dientes sangrientos, si volvierais a comparar, con César, a mi hombre de hombres!

Carmiana. Con vuestro más gracioso perdón, canto sólo tras de vos.

Cleopatra. Mis días de ensalada, cuando era verde en juicio, fría en sangre, ¡decir lo que dije entonces! Pero venid, id; traedme tinta y papel: él recibirá cada día un saludo distinto, o deshabitaré Egipto. (Salen.)

ACTO SEGUNDO

ESCENA PRIMERA

[A Messina. Una habitación en la casa de Pompeyo]

Entran Pompeyo, Menécato y Menas, de manera belicosa.

Pompeyo.

Si los grandes dioses son justos, asistirán
las hazañas de los hombres más justos.

Menécato.

Sabed, digno Pompeyo,
que lo que ellos postergan, no lo niegan.

Pompeyo.

Mientras seamos pretendientes a su trono, se deteriora
aquello por lo que demandamos.

Menécato.

Nosotros, ignorantes de nosotros mismos,
a menudo pedimos nuestros propios males, que los sabios poderes
nos niegan para nuestro bien; así hallamos ganancia
al perder nuestras súplicas.

Pompeyo.

Haré bien:
el pueblo me ama, y el mar es mío;
mis poderes están en aumento, y mi augurio

dice que se cumplirá en su totalidad.
Marco Antonio en Egipto cena, y no emprenderá
guerras sin puertas; César obtiene dinero donde
pierde corazones; Lépido adula a ambos,
y de ambos es adulador; mas él ni ama,
ni se preocupa por ninguno.

Menas.

César y Lépido
están en el campo; una fuerza inmensa llevan consigo.

Pompeyo.

¿De dónde sacáis esto? Es falso.

Menas.

Del Silvio, señor.

Pompeyo.

Él sueña; sé que están juntos en Roma,
buscando a Antonio. Mas todos los encantos del amor,
isal, Cleopatra, suaviza tu labio marchito!
Que la hechicería se una a la belleza, la lujuria a ambos.
Atad al libertino en un campo de banquetes,
mantened su mente en ebullición; que los cocineros epicúreos
afilen, con salsa no empalagosa, su apetito,
para que el sueño y la comida puedan posponer su honor
hasta que llegue una letargia de olvido.

Entra Varrius.

Pompeyo.

¿Qué dices, Varrius?!

Varrius.

Es casi seguro que lo entregaré:
Marco Antonio se espera a cada hora en Roma;
ya que partió de Egipto, queda espacio para más viaje.

Pompeyo.

Habría podido prestar mejor atención

a un asunto tan importante. Menas, no creí que este libertino enamorado se hubiera puesto el yelmo para una guerra tan mezquina; su condición de soldado es el doble que la de los otros dos. Mas esforcémonos por elevar nuestra opinión, para que nuestro ímpetu pueda arrancar del regazo de la viuda de Egipto al inagotable Antonio.

Menas.

No puedo esperar que César y Antonio se reciban bien; la esposa de este, ya muerta, cometió traiciones contra César, y su hermano se enfrentó a él, aunque creo que no fue movido por Antonio.

Pompeyo.

No lo sé, Menas, cómo enemistades menores pueden ceder ante mayores. Si no fuésemos nosotros quienes nos opusiéramos a todos, sería evidente que se enfrentarían entre sí, pues han tenido causa suficiente para desenvainar sus espadas; pero cómo el miedo a nosotros pueda sellar sus divisiones y atar sus diferencias mezquinas, aún no lo sabemos. ¡Sea como los dioses lo dispongan! Solo reposa nuestras vidas en emplear nuestras manos más fuertes. Venid, Menas.
(Exeunt.)

ESCENA SEGUNDA

[Roma. Una habitación en la casa de Lépido]

Entran Enobarbo y Lépido.

Lépido.

Buen Enobarbo, es una acción digna,
y te quedará bien rogar a tu capitán
por un discurso tierno y suave.

Enobarbo.

Le rogaré
que responda como él mismo: si César lo mueve,
deja que Antonio eche un vistazo por sobre la cabeza de César,
y hable tan fuerte como Marte. ¡Por Júpiter,
si yo fuese el portador de la barba de Antonio,
no me afeitaría hoy!

Lépido.

No es tiempo
para rencores privados.

Enobarbo.

Cada instante
sirve para lo que en él se gesta.

Lépido.

Mas de asuntos pequeños deben ceder los mayores.

Enobarbo.

No si lo pequeño viene primero.

Lépido.

Tu discurso es pasión;

pero, te ruego, no avives brasas. Aquí viene el noble Antonio.

Entran Antonio y Ventidio.

Enobarbo.
Y allí, César.

Entran César, Mecenas y Agripa.

Antonio.
Si nos ordenamos bien aquí, rumbo a Partia:
¡Escuchad, Ventidio!

César.
No lo sé, Mecenas; preguntadle a Agripa.

Lépido.
Nobles amigos,
lo que nos unió fue lo más grande, y no permitáis
que una acción mezquina nos deshaga.
Que se oiga suavemente lo que esté mal;
pues al debatir nuestras triviales diferencias en voz alta,
cometemos asesinato al curar heridas; luego, nobles compañeros, —
más bien, os lo ruego encarecidamente —
acariciad los puntos más agrios con términos dulces,
y que a la discusión no se le añada maldición.

Antonio.
Bien se habla.
Si estuviésemos ante nuestros ejércitos, y fuésemos a luchar,
yo actuaría así.
(Florece.)

César.
Bienvenidos a Roma.

Antonio.
Gracias.

César.
Sed.

Antonio.
Sed, señor.

César.
No, entonces.

Antonio.
Veo que os ofenden cosas que no son,
o que, si lo fueran, a vosotros no os importan.

César.
Me reirían
si dijera estar ofendido, ya fuera por nada o por poco,
y entre vosotros, siendo principal en el mundo;
más me reirían aún si os llamase despectivamente,
cuando al pronunciar vuestro nombre,
a mí no me importase.

Antonio.
Mi estancia en Egipto, César,
¿qué os importó a vosotros?

César.
Nada más que mi residencia aquí en Roma
podría importarte en Egipto; sin embargo, si allí
practicasteis contra mi estado, tu estancia en Egipto
podría ser mi interrogante.

Antonio.
¿Cómo queréis decir "practicasteis"?

César.
Os agradecerá captar mi intención
por lo que aquí me aconteció. Vuestra esposa y vuestro hermano
se enfrentaron conmigo, y su contienda
fue tema para vosotros, ya que fuisteis la palabra de la guerra.

Antonio.

Te equivocas en tu asunto; mi hermano nunca me impulsó en su acción: lo inquirí; y he sabido, por algunos informes veraces, que alzaron sus espadas contra vosotros. ¿No desacreditó acaso mi autoridad junto a la vuestra, y convirtió las guerras en algo contra mi estómago, siendo vuestra causa la misma? De esto mis cartas os satisficieron antes. Si arregláis una disputa, y no tenéis razón en el conjunto para hacerla, no debe ser con esto.

César.

Te elogias al atribuirme defectos de juicio, pero tú tapaste tus excusas.

Antonio.

No es así, no es así; sé que no podríais carecer, estoy seguro, de la urgente necesidad de este pensamiento, que yo, tu compañero en la causa contra la que él luchó, no podía, con ojos gráciles, atender aquellas guerras que emprendí por mi propia paz. En cuanto a mi esposa, ojalá tuvieras su espíritu en otra; el tercer del mundo es vuestro, al que con rienda podéis pasear a gusto, pero no tal esposa.

Enobarbo.

¡Ojalá tuviésemos todas esposas así, para que los hombres pudiesen ir a la guerra con las mujeres!

Antonio.

Tanta desmesurada agitación, sus contiendas, César, nacidas de su impaciencia —que no le faltó la astucia de la política—, debo, con pesar, conceder

que os causaron demasiado disgusto; por ello, debéis decir que no pude evitarlo.

César.

Os escribí
cuando se desataban disturbios en Alejandría;
vosotros guardasteis mis cartas en secreto,
y con burlas, desprestigiasteis mi misiva ante la audiencia.

Antonio.

Se abalanzó sobre mí, antes de ser admitido:
después, banqueteeé con tres reyes y me faltó
lo que me correspondía en la mañana; pero al día siguiente
le conté de mí, lo cual fue casi pedirle perdón.
Que este sujeto
no sea motivo de nuestra contienda; si debatimos,
borrémoslo de nuestra cuestión.

César.

Has quebrantado
el artículo de tu juramento, con el que jamás
tendrás derecho a acusarme.

Lépido.

¡Suaviza, César!

Antonio.

No,
Lépido, dejadle hablar:
el honor es sagrado en lo que ahora comenta,
suponiendo que me ha faltado. Pero prosigue, César;
ese es el artículo de mi juramento.

César.

Por prestarme armas y auxilio cuando los requerí,
lo cual ambos negasteis.

Antonio.

Más bien fue descuidado;
y luego, cuando horas envenenadas me ataron

a mi propio desconocimiento, en la medida de lo posible, jugaré el penitente ante vosotros; pero mi honestidad no hará pobre mi grandeza, ni mi poder funcionará sin ella. La verdad es que Fulvia, para sacarme de Egipto, provocó guerras aquí; por lo cual, yo, ignorando el motivo, pido perdón en la medida que mi honor permite rebajarme en tal caso.

Lépido.

Se habla de forma noble.

Mecenas.

Si os place, para no profundizar más en los agravios entre vosotros: olvidarles por completo sería recordar que la necesidad actual exige que os expíeis.

Lépido.

Bien dicho, Mecenas.

Enobarbo.

O, si mutuamente os prestáis amor por el instante, podréis, cuando no oigáis más palabras de Pompeyo, devolverlo: tendréis tiempo para discutir cuando no tengáis nada más que hacer.

Antonio.

Tú eres solo un soldado; deja de hablar.

Enobarbo.

Casi olvidé que tal verdad debía quedar en silencio.

Antonio.

Mancillas esta presencia; por ello, no hables más.

Enobarbo.

Muy bien, entonces; vuestro solemne monumento.

César.

No me disgusta mucho el asunto, pero la manera de su discurso; pues no podemos permanecer en amistad, nuestras condiciones son tan diferentes en sus actos. Sin embargo, si supiera qué lazo podría mantenernos firmemente unidos, de borde a borde en el mundo, lo perseguiría.

Agripa.

Permitidme, César.

César.

Habla, Agripa.

Agripa.

Tened una hermana por parte de madre, la adorada Octavia; el gran Marco Antonio es ahora viudo.

César.

No digas eso, Agripa: si Cleopatra os oyera, vuestra reprimenda merecería ser tan impetuosa.

Antonio.

No estoy casado, César; dejadme oír más a Agripa.

Agripa.

Para manteneros en perpetua amistad, para haceros hermanos y unir vuestros corazones con un nudo inquebrantable, tomad a Octavia para que sea esposa de Antonio; cuya belleza no reclama un esposo peor que el mejor de los hombres, cuya virtud y cuyos dones generales expresan lo que nadie más puede articular. Con este matrimonio, todas las pequeñas celosías que ahora parecen grandes, y todos los grandes miedos que ahora anuncian sus peligros, entonces serían nada; las verdades se volverían cuentos

donde ahora medio cuentos son verdades; su amor a ambos se atraería mutuamente, y todos los amores se unirían en ella. Perdonad lo que he hablado, pues es un pensamiento meditado, no un impulso, rumiado por el deber.

Antonio.
¿Hablará César?

César.
No, hasta que oiga cómo ha sido tocado Antonio con lo que ya se ha dicho.

Antonio.
¿Qué poder tiene Agripa, si dijera: "Agripa, así sea", para hacer que esto prospere?

César.
El poder de César, y su poder sobre Octavia.

Antonio.
¡Ojalá jamás soñara con impedimentos para tan justo propósito! Dadme vuestra mano; concluid este acto de gracia, y desde esta hora que los corazones de hermanos rijan nuestros amores y guíen nuestros grandes designios.

César.
Ahí tenéis mi mano. Os lego una hermana, a quien ningún hermano amó jamás tan profundamente; que viva para unir nuestros reinos y nuestros corazones, y nunca se aparte de nuestros amores.

Lépido.
¡Felizmente, amén!

Antonio.

No pensé alzar mi espada contra Pompeyo,
pues ha mostrado extrañas cortesías y grandes favores
contra mí últimamente; debo solo agradecerle,
no sea que mi memoria sufra mala fama;
y a pesar de ello, le desafío.

Lépido.

El tiempo nos llama:
de nosotros debe buscarse a Pompeyo de inmediato,
o de lo contrario, él nos buscará a nosotros.

Antonio.

¿Dónde se halla?

César.

Cerca del Monte Misenum.

Antonio.

¿Cuál es su fuerza
por tierra?

César.

Grande y en aumento; pero por mar
es un amo absoluto.

Antonio.

Así es la fama.
¡Ojalá pudiésemos hablar juntos! Apresurémonos;
pero, antes de armaros, despachemos
el asunto del que hemos hablado.

César.

Con mucho gusto;
y os invito a ver a mi hermana,
a donde os conduciré de inmediato.

Antonio.

Vayamos, Lépido,
no faltes a nuestra compañía.

Lépido.
Noble Antonio,
ni la enfermedad debe retenerme. (Florece. Exeunt, quedando en
escena Enobarbo, Agripa y Mecenas.)

ESCENA TERCERA

[A una habitación en la casa de César]

Entran Antonio, César y Octavia en medio (con Asistentes).

Antonio.
El mundo y mi gran oficio a veces
me separarán de vuestro seno.

Octavia.
Todo ese tiempo, ante los dioses,
arrodillaré mis plegarias
a ellos por vosotros.

Antonio.
Buenas noches, señor. Mi Octavia,
no leas mis defectos en el informe del mundo;
no he preservado mi honor, mas lo que ha de venir
se hará conforme a la regla. Buenas noches, querida dama.

Octavia.
Buenas noches, señor.

César.
Buenas noches.

(Exeunt César y Octavia.)

Entra un Adivino.

Antonio.

Ahora, mocoso, ¿deseas quedarte en Egipto?

Adivino.

¡Ojalá nunca hubiera salido de allí, ni tú hacia allá!

Antonio.

Si puedes, ¿cuál es tu razón?

Adivino.

Lo veo en mi andar, aunque no en mi lengua: mas date prisa y vuelve a Egipto.

Antonio.

Dime, ¿de quién ascenderán las fortunas, las de César o las mías?

Adivino.

Las de César.

Por tanto, ¡oh Antonio! no te quedes a su lado; tu demonio, es decir, tu espíritu que te sostiene, es noble, valiente, elevado, inigualable, donde el de César no lo es; pero cerca de él, tu ángel se torna en temor, al sentirse sobrepasado; por ello, deja espacio suficiente entre vosotros.

Antonio.

No digas más.

Adivino.

A ninguno, salvo a ti; nada más, salvo cuando se trate de ti. Si juegas con él en cualquier juego, seguro perderás, y, por esa suerte natural, él te vence contra todo pronóstico; tu fulgor se atenúa cuando él brilla. Repito, tu espíritu tiene miedo de gobernarte cerca de él, mas, cuando se aleja, es noble.

Antonio.
¡Lárgate!
Dile a Ventidio que deseo hablar con él.
(El Adivino sale.)
Él irá a Partia. Sea obra o casualidad,
ha hablado con verdad; hasta los dados le obedecen.
Y en nuestros juegos mi mejor astucia desfallece
ante su suerte; si sacamos suertes, él se adelanta,
sus gallos ganan aún la batalla contra los míos
cuando todo resulta en vano, y sus codornices
siempre me vencen, encajadas, contra todo pronóstico.
Iré a Egipto;
y aunque contraer este matrimonio es para mi paz,
en el oriente yace mi placer.

Entra Ventidio.

Antonio.
¡Oh, ven, Ventidio!
Debes ir a Partia; tu comisión está lista;
sígueme y recíbela.
(Exeunt.)

ESCENA CUARTA

[Una calle en Roma]

Entran Lépido, Mecenas y Agripa.

Lépido.
No os afanáis más; os ruego que apresuréis

a vuestros generales.

Agripa.

Señor, Marco Antonio
apenas besará a Octavia, y nosotros lo seguiremos.

Lépido.

Hasta que os vea en vuestra indumentaria de soldado,
la cual os quedará a ambos, adiós.

Mecenas.

Así será,
según conciba el viaje, en el Monte
antes que vosotros, Lépido.

Lépido.

Vuestro camino es más corto;
mis asuntos me retienen:
ganaréis dos días sobre mí.

Mecenas.

Señor, ¡buen éxito!

Agripa.

Lépido.

Adiós.

(Exeunt.)

ESCENA QUINTA

[Alejandría. Una habitación en el Palacio]

Entran Cleopatra, Carmiana, Iras, Alexas [y Asistente].

Cleopatra.

Dadme algo de música; música, alimento melancólico para los que comerciamos en el amor.

Asistente.

¡Que venga la música!

Entra Mardiano, el Eunuco.

Cleopatra.

Déjalo; vayamos a los billar: ven, Carmiana.

Carmiana.

Me duele el brazo; mejor juego con Mardiano.

Cleopatra.

Pues tan bien juega una mujer con un eunuco como con otra mujer. Ven, ¿jugarás conmigo, señor?

Mardiano.

Tan bien como pueda, señora.

Cleopatra.

Y cuando se demuestre la buena voluntad, aunque escasa, el actor podrá rogar perdón. Ahora no quiero nada.

Dadme mi caña; iremos al río: allí—

mi música suena a lo lejos—robaré

a los peces de aletas doradas; mi anzuelo curvado atravesará

sus mandíbulas viscosas; y, al sacarlos,

los consideraré todos como un Antonio,

y diré: “¡Ajá! ¡Estáis atrapados!”

Carmiana.

Fue divertido cuando apostaste por tu pesca;

cuando tu buceador colgó de su anzuelo

un pez salado, que con fervor

lo sacó.

Cleopatra.

¡Aquellos tiempos—oh tiempos!—
le hice reír hasta perder la paciencia; y esa noche
le hice reír hasta que recobró la paciencia: y a la mañana siguiente,
antes de la hora novena, lo bebí hasta llevarlo a su lecho;
luego le puse mis tocados y mantos, mientras
yo portaba su espada, la Filipina.

Entra un Mensajero.

Cleopatra.

¡Oh, de Italia!
Haz resonar en mis oídos tus fecundos informes,
que durante largo tiempo han sido estériles.

Mensajero.

Señora, señora,—

Cleopatra.

¡Antony ha muerto! Si lo dices, villano,
asesinas a tu ama; mas bien y de forma franca,
si tan generosamente lo entregas, hay oro, y aquí
mis venas más azules para besar; una mano
que los reyes han besado, temblando al besar.

Mensajero.

Primero, señora, él está bien.

Cleopatra.

¡Mira, hay aún más oro!
Pero, mocosos, marca: acostumbramos
a decir que los muertos están bien; a tal punto,
el oro que te daré lo fundiré y derramaré
por tu torpe garganta.

Mensajero.

Buena señora, escúchame.

Cleopatra.

Bien, pues, iré;

mas no hay bondad en tu faz; si Antony
está libre y sano, tan agrio es el favor
de proclamar tan buenas nuevas; si no,
vendrás como una furia coronada de serpientes,
y no como un hombre formal.

Mensajero.

¿Os place que os escuche?

Cleopatra.

Tengo en mí ganas de golpearte antes de que hables:
sin embargo, si dices que Antony vive, está bien,
o es amigo de César, o no está prisionero de él,
te cubriré con una lluvia de oro, y te honraré
con perlas ricas.

Mensajero.

Señora, él está bien.

Cleopatra.

Bien dicho.

Mensajero.

Y es amigo de César.

Cleopatra.

Eres un hombre honesto.

Mensajero.

César y él son más grandes amigos que nunca.

Cleopatra.

Hazte rico a mi costa.

Mensajero.

Pero, señora,—

Cleopatra.

No me gusta ese "pero", disipa
la buena precedencia; ifuera el "pero"!
"Pero" es como un carcelero que saca a relucir

a algún monstruo malhechor. Te ruego, amigo,
desenreda el cúmulo de lo bueno y lo malo ante mis oídos;
él es amigo de César; dices que está sano; y dices, "libre."

Mensajero.

¿"Libre", señora? No; no hice tal informe:
está ligado a Octavia.

Cleopatra.

¿Para qué buen giro?

Mensajero.

Para el mejor giro en el lecho.

Cleopatra.

¡Estoy pálida, Carmiana!

Mensajero.

Señora, él está casado con Octavia.

Cleopatra.

¡La peste más contagiosa sobre ti!
(Golpea al mensajero.)

Mensajero.

Buena señora, ten paciencia.

Cleopatra.

¿Qué dices? ¡Fuera,
y recíbete un golpe! ¡Villano horrible!
O arrancaré tus ojos como canicas ante mí;
ite despintaré la cabeza!
(Lo sacude de arriba abajo.)

Serás azotado con alambre y cocido en salmuera,
ardiendo en un encurtido prolongado.

Mensajero.

Señora, buenísima,
yo, que traigo las nuevas, no causé este desatino.

Cleopatra.

Di que no es así, y te daré una provincia,
y haré que tus fortunas se engrandezcan;
el golpe que recibiste será tu paz
por haberme movido a la ira,
y te propinaré, además, un regalo
que sobrepase tu modestia.

Mensajero.

Él está casado, señora.

Cleopatra.

¡Bribón! ¡Has vivido demasiado tiempo!

(Cleopatra saca un cuchillo.)

Mensajero.

No, entonces huiré.

¿Qué quieres decir, señora? Yo no he cometido falta. (El Mensajero sale.)

Carmiana.

Buena señora, mantened la compostura;
el hombre es inocente.

Cleopatra.

Algunos inocentes no escapan al rayo.
¡Que Egipto se funda en el Nilo! y que las criaturas amables
se tornen todas en serpientes. Llama de nuevo al esclavo:
aunque estoy loca, no le morderé. Llama.

Carmiana.

Él tiene miedo de venir.

Cleopatra.

No le haré daño. (Carmiana sale.)
Estas manos carecen de nobleza si golpean
a alguien de menor categoría que yo,
pues yo misma me he dado la causa.

Entran, de nuevo, Carmiana y el Mensajero.

Mensajero.
Venid aquí, señor.

Cleopatra.
Aunque sea honesto, nunca es bueno traer malas nuevas; a un mensaje de gracia se le debe dar multitud de lenguas, mas que las malas nuevas se expresen solas cuando se sientan.

Mensajero.
He cumplido mi deber.

Cleopatra.
¿Está casado?
No podría odiarte más de lo que ya te odio si volvieras a decir "sí."

Mensajero.
Está casado, señora.

Cleopatra.
¡Que los dioses te maldigan! ¿Aún te aferras? ¿Debería mentir, señora?

Cleopatra.
¡Oh, ojalá lo hicieras, para que la mitad de mi Egipto se hunda y se convierta en una cisterna para serpientes descamadas!
¡Vete de aquí!
Si tu rostro tuviera un narciso, a mí te parecerías aún más feo. ¿Está casado?

Mensajero.
Ruego perdón a vuestra alteza.

Cleopatra.
¿Está casado?

Mensajero.
No te ofendas, no quise ofenderte;

castigarme por lo que me has obligado a hacer parece desproporcionado; está casado con Octavia.

Cleopatra.

¡Oh, que su culpa te haga un rotundo bribón, si es que no estás seguro de lo que eres! ¡Vete de aquí! La mercancía que trajiste de Roma es demasiado cara para mí; déjala sobre tu mano y arruínate con ella! (El Mensajero sale.)

Carmiana.

Buena señora, paciencia.

Cleopatra.

Alabar a Antonio he mancillado a César.

Carmiana.

Muchas veces, señora.

Cleopatra.

Ya he recibido mi paga.
Llévame de aquí; me desmayo.
¡Oh, Iras! ¡Carmiana! No importa.
Id al hombre, buen Alexas; mandadle que me informe de las cualidades de Octavia, su edad, su inclinación; no omitas el color de su cabello: traedme noticias pronto. (Alexas sale.)
Que se vaya para siempre —que no se vaya—, Carmiana; aunque lo pinten de una manera como a una Gorgona, de otra es como un Marte.
(Dirigiéndose a Mardiano.) Mandad a Alexas que me informe de su estatura. Ten piedad, Carmiana, pero no me habléis. Llevadme a mi cámara.

(Exeunt.)

ESCENA SEXTA

[Cerca de Misenum]

(Florece. Entran Pompeyo [y Menas] por una puerta, con tambor y trompeta; por otra entran César, Lépido, Antonio, Enobarbo, Mecenas, con soldados marchando.)

Pompeyo.

Tengo vuestros rehenes, así como vosotros los míos; y hablaremos antes de luchar.

César.

Muy adecuado es que primero conversemos, y por ello tengamos nuestros propósitos escritos ante nosotros; los cuales, si los habéis considerado, hacedme saber si atarán vuestra espada descontenta, y traerán a Sicilia juventud robusta que de otro modo perecería aquí.

Pompeyo.

A vosotros tres, los senadores solos de este gran mundo, principales agentes de los dioses: no sé por qué mi padre querría venganza, teniendo un hijo y amigos; pues Julio César, quien en Filipos vio al buen Bruto fantasear, os vio laborar para él. ¿Qué fue lo que movió al pálido Casio a conspirar? y ¿qué hizo al honrado, íntegro romano, Bruto, con el brazo armado, cortesanos de la libertad hermosa, para empapar el Capitolio, si no fuera porque deseaban

tener a un hombre simplemente como hombre?
Y eso es lo que me ha llevado a armar mi flota, sobre cuyo peso
el océano enfurecido espuma, con lo que pretendía
azotar la ingratitud que la altiva Roma
impuso a mi noble padre.

César.
Tómate tu tiempo.

Antonio.
No puedes temernos, Pompeyo, con tus velas;
hablaremos contigo en el mar: en tierra, sabes
cuánto te sobreestimamos.

Pompeyo.
En tierra, en efecto,
sobreestimas mi casa paterna;
pero, puesto que el cuco no construye para sí,
quédate en ello tanto como puedas.

Lépido.
Sed tan amables de contarnos—
pues esto es del presente—cómo tomáis
las ofertas que os hemos enviado.

César.
Ese es el punto.

Antonio.
Que no se trate de ofertas, sino que meditéis
lo que vale recibirlas.

César.
Y lo que pueda seguir,
para intentar una fortuna mayor.

Pompeyo.
Me habéis ofrecido
Sicilia, Cerdeña; y debo
limpiar el mar de piratas; luego, enviar

medidas de trigo a Roma; esta avaricia,
de desprendernos de bordes sin cortar, y traer de vuelta
nuestros objetivos sin tacha.

César.

Esa es nuestra oferta.

(Antonio y Lépido intercambian miradas.)

Pompeyo.

Sabed, pues,
que vine ante vosotros preparado
para aceptar esta oferta; pero Marco Antonio
me impacientó. Aunque pierda
el elogio por contarlo, debéis saber
que cuando César y vuestro hermano se enfrentaron,
vuestra madre llegó a Sicilia y halló
una acogida amistosa.

Antonio.

Lo he oído, Pompeyo;
y estoy preparado para un agradecimiento generoso
que os debo.

Pompeyo.

Dadme vuestra mano:
no pensé, señor, haberos encontrado aquí.

Antonio.

Las camas en el oriente son suaves; y gracias a vosotros,
que me llamasteis con mayor prontitud que mi propósito,
por ello he ganado.

César.

Desde la última vez que os vi,
hay un cambio en vosotros.

Pompeyo.

Bien, no sé
qué malos designios la Fortuna arroja sobre mi faz,

pero en mi seno jamás vendrá
a hacer mi corazón su vasallo.

Lépido.
Bien hallados aquí.

Pompeyo.
Espero, Lépidó. Así estamos de acuerdo.
Deseo que nuestro pacto quede escrito
y sellado entre nosotros.

Casio.
Eso es lo siguiente que hacer.

Pompeyo.
Nos banquetearémos antes de separarnos; y sorteémonos
quién comenzará.

Antonio.
Yo lo haré, Pompeyo.

Pompeyo.
No, Antonio, toma el sorteo:
pero, sea primero o último, tu fina cocina egipcia
tendrá la fama. He oído que Julio César
se engordó con banquetes allí.

Antonio.
Habéis oído mucho.

Pompeyo.
Tengo buenas intenciones, señor.

Antonio.
Y buenas palabras para ellos.

Pompeyo.
Entonces, tanto he oído;
y he oído que Apolodoro llevó—

Enobarbo.
No más de eso: él hizo así.

Pompeyo.
¿Qué dices, te ruego?

Enobarbo.
Una cierta reina a César en un colchón.

Pompeyo.
Ya te conozco; ¿cómo estás, soldado?

Enobarbo.
Bien;
y estoy dispuesto a actuar; porque percibo
que se avecinan cuatro banquetes.

Pompeyo.
Déjame estrechar tu mano;
nunca te he odiado. Te he visto pelear,
cuando envidié tu temple.

Enobarbo.
Señor,
nunca os he amado mucho, pero os he alabado
cuando bien merecisteis diez veces más
de lo que he dicho que hicisteis.

Pompeyo.
Disfruta de tu sencillez,
no te sienta mal; en mi galera os invito a todos:
¿guiaréis, señores?

César.
Mostradnos el camino, señor.

Antonio.

...

Lépido.

Pompeyo.
Venid.

(Exeunt todos, salvo Enobarbo y Menas.)

Menas.

Tu padre, Pompeyo, jamás
habría hecho este tratado. Tú y yo lo sabemos, señor.

Enobarbo.

En el mar, creo.

Menas.

Así es, señor.

Enobarbo.

Lo habéis hecho bien por mar.

Menas.

Y vosotros por tierra.

Enobarbo.

Alabaré a quien me alabe;
aunque no se pueda negar lo que he hecho
por tierra.

Menas.

Ni lo que he hecho por mar.

Enobarbo.

Sí, algo que podéis negar por vuestra
propia seguridad; habéis sido un gran ladrón por mar.

Menas.

Y tú por tierra.

Enobarbo.

Ahí niego mi servicio terrestre. Pero
dadme vuestra mano, Menas; si nuestros ojos tuvieran
autoridad, aquí podrían dar beso a dos ladrones.

Menas.

El rostro de todos es sincero, sean cuales sean
sus manos.

Enobarbo.

Mas nunca una mujer hermosa tiene un rostro sincero.

Menas.

Nada de calumnias; roban corazones.

Enobarbo.

Vinimos aquí a luchar contra vosotros.

Menas.

Por mi parte, lamento que se haya torcido en un brindis.
Pompeyo hoy se ríe de su fortuna.

Enobarbo.

Si lo hace, seguro que no podrá recuperarla.

Menas.

Habéis dicho, señor. No esperábamos encontrar aquí a Marco Antonio: os ruego, ¿está casado con Cleopatra?

Enobarbo.

La hermana de César se llama Octavia.

Menas.

Cierto, señor; fue esposa de Caio Marcellus.

Enobarbo.

Mas ahora es esposa de Marco Antonio.

Menas.

¿Os ruego, señor?

Enobarbo.

Es verdad.

Menas.

Entonces, César y él están por siempre unidos.

Enobarbo.

Si estuviera obligado a adivinar esa unión,
no profetizaría así.

Menas.

Creo que la política de ese propósito
se basó más en el matrimonio que en el amor de las partes.

Enobarbo.

Yo también lo creo; pero hallaréis que el vínculo que parece atar su amistad será el mismo estrangulador de su unión. Octavia es de una conversación santa, fría y serena.

Menas.

¿Quién no desearía tener a su esposa así?

Enobarbo.

No aquel que él mismo no sea así; lo cual es Marco Antonio. Él volverá a su banquete egipcio; luego, los suspiros de Octavia encenderán a César, y, como ya he dicho, aquello que es la fuerza de su unión será el inmediato causante de su discrepancia. Antonio empleará su afecto donde le convenga; se casó solamente por la ocasión.

Menas.

Y así puede ser. Venid, señor, ¿subiréis a bordo? Tengo un brindis para vosotros.

Enobarbo.

Lo aceptaré, señor: hemos agotado nuestras gargantas en Egipto.

Menas.

Venid; vámonos. (Exeunt.)

ESCENA SÉPTIMA

[En la galera de Pompeyo frente a Misenum]

Suena música. Entran dos o tres Criados con un banquete.

Primer Criado.

Aquí estarán, hombre. Algunas de sus plantas ya están mal enraizadas; el menor soplo del mundo las derribará.

Segundo Criado.

Lépido está de un color intenso.

Primer Criado.

Le han hecho beber un trago de limosna.

Segundo Criado.

Mientras se pellizcan unos a otros según su disposición, él grita "¡No más!", los reconcilia con su ruego, y a sí mismo con la bebida.

Primer Criado.

Mas esto provoca una guerra mayor entre él y su sensatez.

Segundo Criado.

Pues, esto es tener nombre entre la hermandad de grandes hombres; yo hubiera preferido tener una caña que me sirviese de partidario, la cual yo no podría levantar.

Primer Criado.

Ser llamado en una esfera inmensa, y no moverse, es como los huecos

donde deben estar los ojos, lo cual deshace lastimosamente las mejillas.

Suena un sennet. Entran César, Antonio, Pompeyo, Lépido, Agripa, Mecenas, Enobarbo, Menas y otros Capitanes.

Antonio.

Así lo hacen, señor. Toman el cauce del Nilo según ciertas escalas en la pirámide; saben por la altura, la bajura o la media, si la escasez o la abundancia sigue. Cuanto más se hincha el alto Nilo, más promete; y al menguar, el sembrador dispersa su grano sobre el limo y la brea, y pronto llega la cosecha.

Lépido.

Tienes serpientes extrañas allí.

Antonio.

Sí, Lépido.

Lépido.

Tu serpiente de Egipto se ha criado ya de tu lodo por la acción de tu sol; así también tu cocodrilo.

Antonio.

Así es.

Pompeyo.

Sed, ¡y un poco de vino! ¡Salud para Lépido!

Lépido.

No estoy tan bien como debería, pero no me rendiré.

Enobarbo.

No hasta que hayas dormido; temo que estés encallado hasta entonces.

Lépido.

No, ciertamente, he oído que las pirámides de los Ptolomeos

son cosas muy hermosas; sin contradicción, lo he oído.

Menas.

Pompeyo, una palabra.

Pompeyo.

Decidme al oído; ¿de qué se trata?

Menas.

(Susurra al oído.) Renuncia a tu asiento, te ruego, capitán, y escúchame decirte una palabra.

Pompeyo.

Aguarda un momento. ¡Este vino es para Lépido!

Lépido.

¿Qué clase de cosa es vuestro cocodrilo?

Antonio.

Es, señor, de su misma forma, y tan ancho como su anchura; es tan alto como es, y se mueve con sus propios órganos; vive de aquello que lo nutre; y cuando sus elementos se agotan, transmigra.

Lépido.

¿De qué color es?

Antonio.

De su propio color.

Lépido.

Es una serpiente extraña.

Antonio.

Así es; y sus lágrimas son húmedas.

César.

¿Satisfará esta descripción?

Antonio.

Con la salud que Pompeyo le brinda, si no, es un veritable epicúreo.

Pompeyo.
¡Ahorraos, señor, ahorraos! ¿Qué me decís de eso? ¡Fuera!
Haced lo que os ordeno. ¿Dónde está esa copa que pedí?

Menas.
Si por mérito queréis escucharme,
levántate de tu asiento.

Pompeyo.
Creo que estás loco. ¿De qué se trata? (Pompeyo se aparta.)

Menas.
Siempre he retirado mi gorra ante tus fortunas.

Pompeyo.
Me has servido con gran lealtad. ¿Qué más decir?
Sed alegres, señores.

Antonio.
Estas arenas movedizas, Lépido,
evitadlas, pues os hundén.

Menas.
¿Serás tú señor de todo el mundo?

Pompeyo.
¿Qué dices?

Menas.
¿Serás señor de todo el mundo? Eso es dos veces.

Pompeyo.
¿Cómo podría ser?

Menas.
Mas acéptalo,
y aunque creas que soy pobre, soy el hombre
que te dará todo el mundo.

Pompeyo.
¿Has bebido bien?

Menas.

No, Pompeyo, me he abstenido de la copa.
Si te atreves, eres el Júpiter terrenal:
todo lo que el océano palidece, o el cielo encierra,
es tuyo, si así lo deseas.

Pompeyo.

Muéstrame el camino.

Menas.

Estos tres partícipes del mundo, estos competidores,
están en tu nave: déjame cortar el cable;
y, cuando estemos a la deriva, atacadles:
todo lo que hay es tuyo.

Pompeyo.

¡Ah, esto debiste haberlo hecho
y no haber hablado de ello! En mí hay villanía;
en ti habría sido buen servicio. Debes saber
que no es mi lucro lo que guía mi honor; es mi honor.
Arrepiéntete de haber traicionado
tu acción con tu lengua; de haberlo hecho en secreto,
luego lo habría considerado bien hecho,
pero ahora debo condenarlo. ¡Detente y bebe!

Menas.

(En voz baja.) Por esto,
nunca seguiré tus fortunas deslucidas.
Quien busca y no toma cuando se le ofrece,
jamás lo encontrará de nuevo.

Pompeyo.

¡Salud para Lépido!

Antonio.

Déadle desembarcar. Yo lo encomiendo a ti, Pompeyo.

Enobarbo.

¡He aquí para ti, Menas!

Menas.

¡Enobarbo, bienvenido!

Pompeyo.

¡Llena la copa hasta que quede oculta!

Enobarbo.

Ahí hay un tipo fuerte, Menas. (Señalando al Asistente que lleva a Lépido.)

Menas.

¿Por qué?

Enobarbo.

Él porta la tercera parte del mundo, hombre; ¿no lo ves?

Menas.

Entonces, la tercera parte está borracha; ¡ojalá fuera toda, para que rodara!

Enobarbo.

Bebe tú; aumenta el remolino.

Menas.

Venid.

Pompeyo.

Esto aún no es un banquete alejandrino.

Antonio.

Se acerca a ello. ¡Saquead las vasijas, vamos!
¡Salud para César!

César.

Podría abstenerme.

Es monstruoso labor, cuando lavo mi cerebro,
y se ensucia aún más.

Antonio.

Sé un hijo de la época.

César.

Tómalo, responderé;

pero preferiría ayunar de cuatro días
que beber tanto en uno.

Enobarbo.

(Dirigiéndose a Antonio.) ¡Ja! Mi valiente emperador;
¿bailaremos ahora los bacanales egipcios
y celebraremos nuestra bebida?

Pompeyo.

¡Vamos, buen soldado!

Antonio.

Venid, tomémonos de las manos,
hasta que el vino conquistador sature nuestros sentidos
en un suave y delicado olvido.

Enobarbo.

¡Todos, tomémonos de las manos!
Que la música retumbe en nuestros oídos;
mientras yo os dispongo, el mozo cantará,
y cada hombre que sostiene lo hará tan fuerte
como sus fuertes costados puedan alzarlos.

Suena música. Enobarbo los toma de las manos.

La Canción.

“Ven, monarca del vino,
¡Baco regordete, de ojos rosados!
En tus grasas se ahogan nuestras penas,
con tus uvas se coronan nuestros cabellos:
¡Bríndanos, hasta que el mundo dé vueltas,
bríndanos, hasta que el mundo dé vueltas!”

César.

¿Qué más queréis? Pompeyo, buenas noches. Buen hermano,
os ruego que os retireis; nuestros asuntos más graves
se oponen a esta ligereza. Caballeros, despedíos;
ved que hemos tostado nuestras mejillas;
un fuerte Enobarbo
está más débil que el vino, y mi propia lengua

se quiebra al hablar; el salvaje disfraz casi nos ha convertido en bufones. ¿Qué más se necesita? Buenas noches.

Buen Antonio, tu mano.

Pompeyo.

Te veré en la orilla.

Antonio.

Y así será, señor. Dadme vuestra mano.

Pompeyo.

¡Oh, Antonio!

Tienes la casa de mi padre —pero, ¿qué? Somos amigos. Baja a la barca.

Enobarbo.

¡Cuidado de no caer!

(Exeunt Pompeyo, César, Antonio y Asistentes.)

Menas.

Yo no iré a la orilla.

Menas.

No, iré a mi camarote.

¡Estos tambores! ¡estas trompetas, flautas! ¡qué!
¡Que Neptuno oiga nuestro fuerte adiós
a estos grandes compañeros: ¡haced sonar y colgad!
¡Que suene!

(Se oye un floreo de trompetas y tambores.)

Enobarbo.

¡Eh! dice uno. Ahí está mi gorra.

Menas.

¡Eh! Noble capitán, ven.

(Exeunt.)

ACTO TERCERO

ESCENA PRIMERA

[Un llano en Siria]

Entra Ventidio , como si estuviera en triunfo, [con Sílio y otros romanos, oficiales y soldados;] el cadáver de Pacoro llevado ante él.

Ventidio.

Ahora, habiendo abatido a Partia, has sido golpeado; y ahora la fortuna complaciente, por la muerte de Marco Craso, me impulsa a vengarme. Lleva el cuerpo del hijo del rey delante de nuestro ejército. Tu Pacoro, Orodes, paga esto por Marco Craso.

Sílio.

Noble Ventidio,
mientras aún con sangre partia tu espada esté caliente,
los partios fugitivos te siguen; espolea por Media,
Mesopotamia y hacia los refugios a donde
huyen los derrotados; así tu gran capitán Antonio
te pondrá en carros triunfales y te colocará guirnaldas en la cabeza.

Ventidio.

¡Oh, Sílio, Sílio!

He hecho ya lo suficiente; un lugar inferior, tenlo bien presente,
puede hacer de nuestro acto algo demasiado grandilocuente; porque
aprende esto, Sílio:

mejor dejar sin hacer que, por nuestra acción,
adquieramos una fama demasiado alta al servirle a él.
César y Antonio han ganado siempre
más en su porte que en su persona; Sossio,
uno de mis lugartenientes en Siria, por la rápida acumulación de
renombre,
que alcanzó minuto a minuto, perdió su favor.
Aquel que en las guerras haga más de lo que su capitán puede,
se convierte en capitán de su capitán; y la ambición,
la virtud del soldado, prefiere elegir la pérdida
antes que una ganancia que lo oscurezca.
Podría hacer más para beneficiar a Antonio,
pero eso le ofendería; y en su ofensa
mi actuación perecería.

Sílio.

Tienes, Ventidio, aquello
sin lo cual un soldado y su espada
apenas logran distinción. ¿Es que me escribirás a Antonio?

Ventidio.

Humildemente te haré saber lo que, en su nombre,
esa mágica palabra de guerra, hemos logrado;
cómo, con sus estandartes y sus tropas bien pagadas,
hemos sacado del campo
al indomable caballo de Partia, que jamás había sido vencido.

Sílio.

¿Dónde está él ahora?

Ventidio.

Él se dispone a ir a Atenas; adonde, con la celeridad
que el destino nos permita,
apareceremos ante él. ¡Adelante, vamos; prosigan!

(Exeunt.)

ESCENA SEGUNDA

[Roma. Una habitación en la casa de César]
Entran Agripa por una puerta, Enobarbo por otra.

Agripa.
¿Qué? ¿Se han separado los hermanos?

Enobarbo.
Se han despachado con Pompeyo; él se ha marchado; los otros tres están formalizando el acuerdo. Octavia llora por separarse de Roma; César está triste; y Lépido, desde el banquete de Pompeyo, según dice Menas, está aquejado de la "enfermedad verde."

Agripa.
Es un noble Lépido.

Enobarbo.
Muy digno, en verdad. ¡Oh, cuánto ama César!

Agripa.
¡No, pero cuánto adora a Marco Antonio!

Enobarbo.
¿César? ¡Ay, es el Júpiter de los hombres!

Agripa.
¿Qué es Antonio? ¿El dios de Júpiter?

Enobarbo.
¿Habláis de César? ¡Cómo! ¡El incomparable!

Agripa.
¡Oh, Antonio! ¡Oh, pájaro árabe!

Enobarbo.
Si alabais a César, diríais "César" y nada más.

Agripa.

Ciertamente, él los alaba a ambos con elogios excelentes.

Enobarbo.

Mas ama a César sobre todas las cosas; sin embargo, ama a Antonio.

¡Oh! Corazones, lenguas, figuras, escribas, bardos, poetas, ¡no pueden pensar, hablar, contar, escribir, cantar, ni enumerar la magnitud de su amor por Antonio! Mas en cuanto a César, ¡arrodíllate, arrodíllate, y maravíllate!

Agripa.

A ambos los ama.

Enobarbo.

Ellos son sus fragmentos, y él es su escarabajo.
(Se oyen trompetas en off.) Entonces;
esto es para cabalgar. Adiós, noble Agripa.

Agripa.

Buena fortuna, digno soldado, y adiós.

Entran César , Antonio , Lépido y Octavia .

Antonio.

No más, señor.

César.

Me quitas gran parte de mí mismo;
úsame bien en ello. Hermana, sé la esposa
que mis pensamientos te forjen, y como mi más lejano lazo
se haga notar tu aprobación. ¡Noble Antonio,
no permitas que ese cimiento de virtud, que nos une
como el cemento de nuestro amor para sostenerlo,
se convierta en la bala que rueda contra su fortaleza;
pues mejor habríamos amado
sin este impedimento, si de ambas partes
no se valorase tanto!

Antonio.
No me ofendas
con tu desconfianza.

César.
Ya lo he dicho.

Antonio.
No hallarás, aunque seas curioso, la más mínima causa
para lo que parece temer. Así, que los dioses te protejan
y hagan que los corazones de los romanos cumplan tus designios.
Nos separaremos aquí.

César.
Adiós, mi queridísima hermana, adiós:
que los elementos sean bondadosos contigo,
y que llenen tu espíritu de consuelo. ¡Adiós!

Octavia.
¡Mi noble hermano!

Antonio.
El mes de abril brilla en sus ojos; es la primavera del amor,
y estos son los aguaceros que lo hacen florecer. ¡Sed alegre!

Octavia.
Señor, mira bien la casa de mi marido; y—

César.
¿Qué, Octavia?

Octavia.
Te lo contaré al oído.

Antonio.
Su lengua no obedecerá a su corazón, ni su corazón a su lengua;
como el plumón del cisne
que se alza sobre la cresta en plena marea,
y que no se inclina hacia ningún lado.

Enobarbo.

(Apartándose a Agripa.) ¿Llorará César?

Agripa.

Tiene una nube en el rostro.

Enobarbo.

¡Si fuera peor, lo sería si fuese un caballo!
Así es él, siendo hombre.

Agripa.

¿Por qué, Enobarbo,
cuando Antonio encontró muerto a Julio César,
casi rugió de dolor; y lloró
cuando en Filipos encontró a Bruto asesinado?

Enobarbo.

Aquel año, en verdad, estuvo aquejado de reumatismo;
lo que confundió y lamentó con tanto ahogo;
créelo, hasta que yo mismo llore.

César.

No, dulce Octavia,
aún oirás de mí; el tiempo no
superará mi pensamiento en ti.

Antonio.

Ven, señor, ven;
te tengo aquí; así te dejo ir
y te entrego a los dioses.

César.

¡Adiós; sé feliz!

Lépido.

Que todas las estrellas iluminen
tu hermoso camino.

César.

¡Adiós, adiós!

(Besa a Octavia.)

Antonio.

¡Adiós!

(Suenan trompetas. Exeunt.)

ESCENA TERCERA

[Alejandría. Una habitación en el Palacio]

Entran Cleopatra , Carmiana , Iras y Alexas .

Cleopatra.

¿Dónde está el tipo?

Alexas.

Está medio asustado de venir.

Cleopatra.

Anda, anda.

Entra el Mensajero como antes.

Mensajero.

Ven aquí, señor.

Alexas.

Buena majestad,
Herodes de Judea no osa mirarte
sino cuando tú estás muy complacida.

Cleopatra.

¡Quiero la cabeza de Herodes!

¿Pero cómo, cuando Antonio se ha ido,
a través de quien podría ordenarlo? Acércate.

Mensajero.

¡Muy grácil majestad!

Cleopatra.

¿Viste a Octavia?

Mensajero.

Sí, reina temible.

Cleopatra.

¿Dónde?

Mensajero.

Señora, en Roma;
la miré en el rostro, y la vi escoltada
entre su hermano y Marco Antonio.

Cleopatra.

¿Es tan alta como yo?

Mensajero.

No, señora.

Cleopatra.

¿La oíste hablar? ¿Es de voz chillona o grave?

Mensajero.

Señora, la oí hablar; tiene voz baja.

Cleopatra.

Eso no es bueno. Él no puede agradarle por mucho tiempo.

Carmiana.

¡Como a ella! ¡Oh, Isis! ¡Es imposible!

Cleopatra.

Creo que sí, Carmiana: es apagada en el habla, y de estatura baja.
¿Qué majestad tiene en su porte? Recuerda,
si alguna vez has contemplado la majestad.

Mensajero.
Ella se arrastra;
su movimiento y su porte son uno;
parece más un cuerpo que una vida,
una estatua en lugar de alguien que respira.

Cleopatra.
¿Es esto cierto?

Mensajero.
O es que no lo he notado.

Carmiana.
Tres en Egipto
no pueden dar mejor cuenta.

Cleopatra.
Él es muy perspicaz, lo percibo. Aún no hay nada en ella.
El sujeto tiene buen juicio.

Carmiana.
Excelente.

Cleopatra.
Adivina sus años, te ruego.

Mensajero.
Señora,
ella fue viuda,—

Cleopatra.
¡Viuda! ¡Carmiana, escucha!

Mensajero.
Y creo que tiene treinta.

Cleopatra.
¿Recuerdas su rostro? ¿Es alargado o redondo?

Mensajero.
Redondo, hasta el borde de la imperfección.

Cleopatra.

En gran parte, además, son necios los que son así.
¿Y su cabello, de qué color?

Mensajero.

Marrón, señora; y su frente
tan baja como ella misma lo desearía.

Cleopatra.

Aquí tienes oro:
no malinterpretes mi antigua agudeza.
Te volveré a emplear; te encuentro
muy apto para los negocios. Ve, prepárate;
nuestras cartas ya están listas. (Exeunt.)

Carmiana.

Un hombre propio.

Cleopatra.

En verdad, lo es; me arrepiento mucho
de haberle insistido tanto. ¿Por qué, me parece,
por él, esta criatura no es tan importante?

Carmiana.

Nada, señora.

Cleopatra.

El hombre ha presenciado algo de majestad, y debería saberlo.

Carmiana.

¿Ha visto la majestad? ¡Que Isis lo defienda,
siendo que te ha servido tanto tiempo!

Cleopatra.

Tengo algo más que preguntarle, buena Carmiana:
mas no importa; tráelo a mí
para que yo escriba. Todo estará bien.

Carmiana.

Te lo aseguro, señora. (Exeunt.)

ESCENA CUARTA

[Atenas. Una habitación en la casa de Antonio]

Entran Antonio y Octavia .

Antonio.

No, no, Octavia, no solo eso,
lo cual sería excusable, sino que además
él ha iniciado nuevas guerras contra Pompeyo;
ha dejado su voluntad, y la ha leído
en público:
habló escasamente de mí; cuando, forzado, no pudo
sino pagarme términos de honor, fríos y enfermizos,
los desahogó; me otorgó apenas una medida;
cuando se le ofreció el mejor indicio, no lo tomó,
o lo apartó de sus labios.

Octavia.

¡Oh, mi buen señor!
No creas todo; o si debes creer,
no tragues todo. ¡Qué mujer más desdichada sería,
si esta división se interpusiera, sin haber estado
rezando por ambas partes!
Los dioses buenos se burlarán de mí muy pronto,
cuando ore: "¡Oh, bendiga mi señor y marido!";
deshagan esa oración al clamar con fuerza,
"¡Oh, bendiga mi hermano!"; marido gana, hermano gana,
rezan, y destruyen la oración; sin término
entre estos extremos.

Antonio.

Dulce Octavia,
deja que tu mejor amor se acerque

al punto que mejor lo preserve.
Si pierdo mi honor, me pierdo a mí mismo;
mejor no ser tuyo que ser tuyo sin fundamento.
Pero, como has pedido,
tú interpondrás entre nosotros; mientras tanto,
prepararé la campaña de una guerra
que manche a tu hermano; apresúrate,
para que tus deseos se cumplan.

Octavia.

Gracias, mi señor.
Que Júpiter, el todopoderoso, me haga, aunque débil,
tu reconciliadora. Las guerras entre vosotros
serían como si el mundo se partiera,
y los muertos soldaran la brecha.

Antonio.

Cuando veas dónde comienza esto,
dirige tu descontento hacia ese punto;
porque nuestros errores nunca pueden ser tan iguales
como para que tu amor se mueva en igual medida.
Prepara tu partida;
elige tu propia compañía, y ordena lo que tu corazón desee.
(Exeunt.)

ESCENA QUINTA

[Otra habitación]

Entran Enobarbo y Eros (en encuentro).

Enobarbo.
¿Qué tal, amigo Eros?

Eros.
Han llegado noticias extrañas, señor.

Enobarbo.
¿Qué dices, hombre?

Eros.
César y Lépido han entablado guerras
contra Pompeyo.

Enobarbo.
Eso es antiguo: ¿cuál ha sido el éxito?

Eros.
César, habiéndolo empleado en las guerras contra Pompeyo,
inmediatamente le negó la rivalidad, y no le permitió compartir
la gloria de la acción; y sin detenerse aquí, lo acusa
de cartas que anteriormente escribió a Pompeyo;
por su propia súplica, lo arresta: así el pobre
tercero queda reducido, hasta que la muerte expanda sus límites.

Enobarbo.
Entonces, mundo, tienes un par de tipos, nada más;
y entre ellos arroja toda la comida que tengas,
ellos se destrozarán mutuamente. ¿Dónde está Antonio?

Eros.
Él pasea por el jardín —así: y rechaza
la caña que yace frente a él; exclama, “¡Tonto, Lépido!”
y amenaza con estrangular a aquel, su oficial,
que asesinó a Pompeyo.

Enobarbo.
Nuestra gran armada ya está preparada.

Eros.
¡Por Italia y César! Además, Domitius,

mi señor te convoca de inmediato:
mis noticias podrían contártelas luego.

Enobarbo.
No será nada;
pero que así sea. Llévame con Antonio.

Eros.
Ven, señor. (Exeunt.)

ESCENA SEXTA

[Roma. Una habitación en la casa de César]
Entran Agripa , Mecenas y César .

César.
Desde que desprecia Roma, ha hecho todo esto y más
en Alejandría; he aquí la manera de ello:
en la plaza del mercado, en un tribunal plateado,
Cleopatra y él, sentados en sillas de oro,
fueron entronizados públicamente; a sus pies se sentaba
Césarion, a quien llaman el hijo de mi padre,
y toda la progenie ilícita que su lujuria
desde entonces ha engendrado entre ellos.
A ella le concedió el establecimiento de Egipto;
la hizo reina absoluta de Siria inferior, Chipre, Lidia.

Mecenas.
¿Esto, a la vista del público?

César.

En el escenario común, donde ejercitan su poder.
Allí proclamó a sus hijos reyes de reyes;
a la Gran Media, a Partia y a Armenia
los otorgó a Alejandro; a Ptolomeo asignó
Siria, Cilicia y Fenicia.
Ella apareció aquel día
vestida con los atavíos de la diosa Isis,
y con frecuencia ofrecía audiencia,
según se ha informado.

Mecenas.

Que Roma quede así informada.

Agripa.

¿A quién, ya harto de su insolencia,
se atreverá a esperar sus buenos pensamientos?

César.

El pueblo lo sabe; y ya han recibido
sus acusaciones.

Agripa.

¿A quién acusa?

César.

A César; y que, habiéndose en Sicilia
despojado a Sexto Pompeyo, no lo valoramos
por su parte en la isla; luego dice que me prestó
cierto desorden en la navegación; por último, se queja
de que Lépido, del triunvirato,
debería ser depuesto; y, siendo que retenemos
toda su recaudación.

Agripa.

Señor, esto debe ser respondido.

César.

Ya está hecho, y el mensajero se ha marchado.
Le he dicho que Lépido se volvió demasiado cruel;

que abusó de su alta autoridad,
y mereció su cambio: por lo que he conquistado,
le concedo una parte; pero luego, en su Armenia
y en otros de sus reinos conquistados, exijo lo mismo.

Mecenas.

Él jamás cederá a eso.

César.

Ni debe cederse en este asunto.

Entra Octavia , con su comitiva.

Octavia.

¡Salve, César, y mi señor; salve, oh, muy querido César!

César.

¡Jamás habría de llamarte desamparada!

Octavia.

No me has llamado así, ni has tenido motivo.

César.

¿Por qué te has presentado así? No vienes
como la hermana de César; la esposa de Antonio
debería tener un ejército como séquito,
y los relinchos de caballos que anuncien
su llegada mucho antes de aparecer; los árboles del camino
deberían haber albergado a hombres; y la expectación se habría
disipado,

anhelando lo que no poseías; ni el polvo
se habría elevado hasta el techo del cielo,
llevado por tus numerosas tropas.

Pero has venido

como una mercadera a Roma, y has impedido
la ostentación de nuestro amor, que, sin mostrarse,
a menudo no es amado: deberíamos haberte encontrado
por mar y por tierra, ofreciendo en cada estación
un saludo aún más generoso.

Octavia.

Bien, mi señor,
no me vi obligada a venir así, sino que lo hice
por mi propia voluntad. Mi señor, Marco Antonio,
al oír que te preparabas para la guerra,
afligió mi oído, y por ello, rogué
su perdón para regresar.

César.

Lo concedió pronto,
siendo un abismo entre su lujuria y él.

Octavia.

No digas eso, mi señor.

César.

Tengo mis ojos puestos en él,
y sus asuntos me llegan con el viento.
¿Dónde está ahora?

Octavia.

Mi señor, en Atenas.

César.

No, mi hermana más desdichada;
Cleopatra lo ha arrastrado hacia ella.
Ha entregado su imperio
a una ramera; quien ahora exige
a los reyes de la tierra que luchen. Ha reunido
a Bocchus, el rey de Libia; a Archelaus,
de Capadocia; a Filadelfos, rey
de Paflagonia; al rey tracio, Adallas;
al rey Malchus de Arabia; al rey de Ponto;
a Herodes de Judea; a Mitridates, rey
de Comagena; a Polemón y a Amintas,
los reyes de Mede y Licia,
junto a una lista aún más extensa de cetros.

Octavia.

¡Ay de mí, la más desdichada,
que tengo mi corazón partido entre dos amigos
que se afligen mutuamente!

César.

Bienvenida seas:
tus cartas detuvieron nuestra partida,
hasta que percibimos lo mal guiada que estabas
y que estábamos en peligro por negligencia.
Anima tu corazón; no te aflijas por el tiempo,
que impone sobre tu contento estas grandes necesidades,
sino que dejen que lo que está destinado
siga su curso sin lamentarse. Bienvenida a Roma;
nada más me es querido. Eres maltratada
más allá del concepto, y los altos dioses,
para hacerte justicia, han dispuesto
que sus ministros sean nuestros y de aquellos que te aman.
El mejor consuelo, y siempre bienvenida seas.

Agripa.

Bienvenida, señora.

Mecenas.

Bienvenida, querida señora.
Cada corazón en Roma te ama y te compadece;
solo el adúltero Antonio, en toda su depravación,
te rechaza, y entrega su potente ejército
a una ramera, que vocifera contra nosotros.

Octavia.

¿Es así, señor?

César.

Muy cierto. Hermana, bienvenida; ruego
que seas siempre conocida por tu paciencia, mi querida hermana!

(Exeunt.)

ESCENA SÉPTIMA

[Campamento de Antonio, cerca del promontorio de Actium]
Entran Cleopatra y Enobarbo .

Cleopatra.
Contaré contigo, no lo dudes.

Enobarbo.
Pero, ¿por qué, por qué, por qué?

Cleopatra.
Has declarado mi existencia en estas guerras,
y has dicho que no soy digna.

Enobarbo.
Bueno, ¿lo soy, lo soy?

Cleopatra.
Si no se nos denunciara, ¿por qué no estaríamos
presentes en persona?

Enobarbo.
(Apartándose en voz baja.) Bien, podría responder:
si debiésemos servir juntos con caballos y yeguas,
el caballo se perdería; las yeguas transportarían
a un soldado y a su caballo.

Cleopatra.
¿Qué dices?

Enobarbo.
Tu presencia debe desconcertar a Antonio;
arrebátadle del corazón, arrebátadle del cerebro,
del tiempo, lo que no deba ser ahorrado.

Ya está marcada por la ligereza, y se dice en Roma que Fotino, un eunuco, y tus doncellas dirigen esta guerra.

Cleopatra.

¡Que Roma se hunda y que se pudran sus lenguas las que se atreven a hablar contra nosotras!

Cargamos con una culpa en la guerra,

y, como soberana de mi reino,

apareceré allí en persona.

No hables en contra; yo no me quedaré atrás.

Enobarbo.

No, ya he cumplido mi parte.

Aquí viene el emperador.

Entran Antonio y Canidio .

Antonio.

¿No es extraño, Canidio, que desde Tarento y Brundusio haya podido tan rápidamente cortar el mar Jónico y tomar a Toryne? ¿Lo has oído, querido?

Cleopatra.

¡La celeridad nunca es más admirada que por los negligentes!

Antonio.

Una buena reprimenda, que habría sido digna de los mejores, para reprender la pereza. Canidio, lucharemos contra él por mar.

Cleopatra.

¿Por mar? ¿Qué más?

Canidio.

¿Por qué quiere mi señor hacer eso?

Antonio.

Porque se nos desafía a ello.

Enobarbo.

Así mi señor se atrevió a enfrentarse en combate singular.

Canidio.

Sí, y para librar esta batalla en Farsalia, donde César combatió contra Pompeyo; pero estas condiciones, que no le favorecen, él las descarta; y así deberíais hacer vosotros.

Enobarbo.

Vuestros barcos no están bien tripulados; vuestros marineros son de baja categoría, labradores, personas abrumadas por reclutas apresurados; en la flota de César están aquellos que han combatido a menudo contra Pompeyo: sus barcos son ágiles; los vuestros, pesados. Ninguna deshonra caerá sobre vosotros por negaros a servir a César en el mar, si estáis preparados para la lucha en tierra.

Antonio.

¡Por mar, por mar!

Enobarbo.

Señor, al hacerlo, echáis por tierra la absoluta condición de soldado que poseéis; distraéis a vuestro ejército, compuesto principalmente de infantería marcada para la guerra; renunciáis a vuestro propio renombrado saber; abandonaos el camino que promete seguridad; y os entregáis únicamente al azar y al peligro desde una firme seguridad.

Antonio.

Lucharé por mar.

Entra un Mensajero .

Mensajero.
¿Tu asunto?

Mensajero.
La noticia es cierta, mi señor; se ha visto
a César tomar a Toryne.

Antonio.
¿Puede estar allí en persona? Es imposible;
extraño que su poder lo permita.
Canidio, retén nuestras diecinueve legiones por tierra,
y nuestras doce mil caballerías. ¡Vámonos a nuestra nave:
alejémonos, mi Thetis!

Entra un Soldado .

Soldado.
¡Qué tal, noble soldado!

Soldado.
¡Oh, noble emperador! No lucheis por mar;
no confíen en tablones podridos: ¿acaso dudáis
de esta espada y de mis heridas? Que los egipcios
y los fenicios se escondan; nosotros
hemos conquistado permaneciendo sobre la tierra,
luchando cuerpo a cuerpo.

Antonio.
Bien, bien: ¡vámonos!

(Exeunt Antonio, Cleopatra y Enobarbo.)

Soldado.
¡Por Hércules, creo que estoy en lo cierto!

Canidio.
Soldado, lo eres; pero toda su acción no crece
en el poder de ello: así nuestro líder es conducido,
y somos hombres de mujeres.

Soldado.
¿Acaso tú conservas por tierra
las legiones y la caballería enteras, verdad?

Canidio.
Marcus Octavius, Marcus Justeius,
Publicola y Caelius son para el mar;
pero nosotros conservamos enteros a los de tierra.
Esta velocidad de César
es increíble.

Soldado.
Mientras aún estaba en Roma,
su poder se extendía en distracciones que
engañaban a todos los espías.

Canidio.
¿Quién es su lugarteniente, escucháis?

Soldado.
Dicen que es un tal Taurus.

Canidio.
Bien, conozco al hombre.

Entra un Mensajero .

Mensajero.
El emperador llama a Canidio.

Canidio.
Con noticias, el tiempo exige trabajo, y cada minuto trae
algunos. (Exeunt.)

ESCENA OCTAVA

[Un llano cerca de Actium]

Entran César (y Taurus) con su ejército, marchando.

César.

¡Taurus!

Taurus.

¿Mi señor?

César.

No lances la batalla por tierra; mantén la integridad: no provoques el combate

hasta que hayamos concluido la lucha en el mar. No excedas las instrucciones de este pergamino: nuestra fortuna yace en este salto.

(Exeunt.)

Entran Antonio y Enobarbo .

Antonio.

Dispongamos nuestros escuadrones al otro lado de la colina, en la línea de batalla contra César; desde ese lugar podremos contar el número de barcos y proceder en consecuencia.

(Exeunt.)

(Canidius marcha con su ejército terrestre por un lado del escenario; y Taurus, el lugarteniente de César, por el otro. Tras su partida se oye el estruendo de un combate naval.)

Alarma.

Entra Enobarbo .

Enobarbo.

¡Nada, nada, todo es nada! No puedo soportar más la vista.
El "Antoniada", el almirante egipcio,
con sus sesenta barcos, huye y gira el timón;
mis ojos están cegados!

Entra Scarus .

Scarus.

¡Dioses y diosas,
toda la asamblea de ellos!

Enobarbo.

¿Cuál es tu pasión?

Scarus.

Se ha perdido el mayor costado del mundo
por pura ignorancia; hemos besado
reinos y provincias.

Enobarbo.

¿Cómo se muestra la lucha?

Scarus.

En nuestro lado, parece la marca de una peste señalada,
donde la muerte es segura. Mira a ese caballo revuelto de Egipto,
al que la lepra ha abatido. En medio del combate,
cuando aparecieron dos figuras gemelas,
idénticas, o más bien, siendo la nuestra la mayor,
la brisa sobre ella, como una vaca en junio,
alzaba las velas y se elevaba.

Enobarbo.

Eso fue lo que vi:
mis ojos se enfermaron ante la vista y ya no pudieron
soportar una visión adicional.

Scarus.

Ella, una vez amada,
la noble ruina de su magia, Antonio,

aplaude con su ala marina, y, cual pato enamorado,
dejando la lucha en lo alto, vuela tras ella.
Jamás he visto una acción tan vergonzosa;
la experiencia, la hombría, el honor,
nunca antes se habían mancillado de tal modo.

Enobarbo.

¡Ay, ay!

Entra Canidius .

Canidius.

Nuestra fortuna en el mar se ha quedado sin aliento,
y se hunde de la manera más lamentable.
Si nuestro general hubiera sido lo que él sabía que era,
todo habría marchado bien:
¡Oh! Ha dado ejemplo para nuestra huida
de la manera más grosera por su propia acción.

Enobarbo.

¿Estás por ahí?

Pues, entonces, buenas noches, en verdad.

Canidius.

Se han marchado hacia el Peloponeso.

Scarus.

Es fácil; y allí atenderé
lo que venga a continuación.

Canidius.

A César le entregaré
mis legiones y mi caballería; ya me muestran seis reyes
la vía para ceder.

Enobarbo.

Yo, sin embargo, seguiré
la oportunidad herida de Antonio, aunque mi razón
se oponga con el viento.
(Exeunt.)

ESCENA NOVENA

[Alejandría. Una habitación en el Palacio]
Entra Antonio con sus Asistentes.

Antonio.

¡Escuchad! La tierra se niega a que la pise más;
se avergüenza de soportarme. Amigos, venid aquí:
estoy tan abatido en el mundo que
he perdido mi camino para siempre. Tengo un barco
cargado de oro; tomadlo, divididlo, id,
y haced las paces con César.

Asistentes.

¡Id! ¡No nosotros!

Antonio.

He huido yo mismo, y he ordenado a unos cobardes
que corran y muestren sus espaldas. Amigos, id;
yo he decidido un camino
que no precisa de vuestra compañía; id:
mi tesoro está en el puerto, tomadlo. ¡Oh!
He seguido hasta tal punto que me da vergüenza mirarlo:
mis mismos cabellos se han amotinado, pues el reproche
de lo blanco reprueba lo moreno, y se rebelan
por temor y afecto! Amigos, id; recibiréis
cartas mías a algunos amigos que allanarán vuestro camino.
Os ruego, no entristezcáis,
ni respondáis con desgana; aceptad la señal
que proclama mi desesperación; dejad aquello
que se aparte por sí solo; y a la costa, de inmediato,
os haré partícipes de ese barco y tesoro.
Dejadme, os ruego, un poco; por favor:

sí, hacedlo; porque, en verdad, he perdido el control,
por eso os lo imploro. Nos veremos luego.
(Se sienta.)

Entran Cleopatra , guiada por Carmiana y [Iras ; Eros siguen].

Eros.

¡No, gentil señora, consuélalo!

Iras.

Hazlo, oh buena reina.

Carmiana.

¡Hazlo! ¿Qué más?

Cleopatra.

Déjame sentarme. ¡Oh, Juno!

Antonio.

¡No, no, no, no, no!

Eros.

¿Nos veis aquí, señor?

Antonio.

¡Ay, ay, ay!

Carmiana.

¡Señora!

Iras.

¡Señora; oh, buena emperatriz!

Eros.

¡Señor, señor!

Antonio.

Sí, mi señor, sí. En Filipos sostuvo
su espada como un bailarín, mientras yo abatía
al flaco y arrugado Casio; y fui yo
quien acabó con el enloquecido Bruto:
él solo se encargó de la tenencia, sin tener práctica

en los sólidos cuadrantes de la guerra; pero ahora—
no importa.

Cleopatra.

¡Ah! ¡Detente!

Eros.

El rey, mi señor, el rey.

Iras.

Acércate a ella, señora, háblale;
está deshonrada, llena de vergüenza.

Cleopatra.

Bien, entonces, sostenme: ¡oh!

Eros.

¡Señor, levántese! La reina se aproxima:
su cabeza está inclinada, y la muerte la acecha, pero
su consuelo asegura el rescate.

Antonio.

He mancillado mi reputación,
un desvío de lo más honesto.

Eros.

¡Señor, la reina!

Antonio.

¡Oh! ¿a dónde me has conducido, Egipto? Mira,
cómo transfiero mi vergüenza de tus ojos
al mirar atrás lo que he dejado
deshonrado.

Cleopatra.

¡Oh, mi señor, mi señor!
Perdona mis velas temerosas: poco imaginé
que me seguirías.

Antonio.

Egipto, tú sabías bien

que mi corazón estaba atado a tu timón con hilos,
y que debías remolcarme; sobre mi espíritu
conocías tu plena supremacía, y que
tu llamada, a mandato de los dioses,
podía ordenarme.

Cleopatra.

¡Oh! Perdóname.

Antonio.

Ahora debo

enviar humildes tratados al joven, esquivar
y titubear en los vaivenes de la humildad, aquel
que, con la mitad del mundo, jugó a mi antojo,
forjando y deshaciendo fortunas. Sabíais
cuánto fuisteis mi conquistador, y que
mi espada, debilitada por mi afecto,
obedecería en toda causa.

Cleopatra.

¡Perdón, perdón!

Antonio.

No derrames ni una lágrima, te digo; una sola vale
por todo lo ganado y perdido. Dame un beso;
incluso eso me compensa. Enviamos a nuestro maestro;
¿ha regresado? Amor, estoy lleno de plomo.
¡Un poco de vino, y nuestros manjares! La fortuna sabe,
nos despreciamos cuando más nos golpea.

(Exeunt.)

ESCENA DÉCIMA

[Egipto. Campamento de César]
Entran César , Agripa , Dolabella y [Thyreus] con otros.

César.
Que se presente quien venga de Antonio.
¿Lo conocéis?

Dolabella.
César, es su maestro:
un argumento que demuestra su valentía, pues cuando llegó
aquí, envió tan pobre un ala de su ser,
que no tuvo reyes superfluos como mensajeros
hace no muchas lunas.

Entra [Eufrónio], Embajador de Antonio.

César.
Acércate y habla.

Eufrónio.
Tal como soy, vengo de Antonio:
últimamente, mis fines han sido tan mesquinos
como el rocío de la mañana sobre la hoja de mirto
para su vasto mar.

César.
Sea así. Declara tu oficio.

Eufrónio.
El señor de sus fortunas te saluda, y
exige vivir en Egipto; y si no se le concede,
reduce sus peticiones, y te demanda
que le permitas respirar entre los cielos y la tierra,
como un hombre privado en Atenas; eso es para él.

Luego, Cleopatra confiesa tu grandeza,
se somete a tu poder, y de ti anhela
que el círculo de los ptolomeos sea para sus herederos,
ahora puestos a merced de tu gracia.

César.

En cuanto a Antonio,
no tengo oídos para su petición. La reina
ni la audiencia ni el deseo faltarán, pues ella
expulsa de Egipto a su amigo totalmente deshonorado,
o le quita la vida allí; si ello se cumple,
no demandará en vano. Así sea para ambos.

Eufrónio.

¡Que la fortuna te persiga!

César.

Hazlo pasar entre las filas.
(Sale Eufrónio.)

(Dirigiéndose a Thyreus .) Demuestra tu elocuencia, ya es hora;
despacha.

De Antonio conquista a Cleopatra; promete,
y en nuestro nombre, lo que ella demande; añade más,
según tu inventiva, ofrendas. Las mujeres no
están en su apogeo de fortaleza, pero el deseo
puede perjurar a la vestal que jamás ha sido tocada. Procura,
Thyreus,
crear tu propio edicto para tus penas, al cual
responderemos como ley.

Thyreus.

César, me voy.

César.

Observa cómo Antonio se revela en su defecto,
y lo que crees que su propia acción expresa
en cada fuerza que se mueve.

Thyreus.
César, así lo haré.

(Exeunt.)

ESCENA UNDÉCIMA

[Alejandría. Una habitación en el Palacio]
Entran Cleopatra , Enobarbo , Carmiana y Iras .

Cleopatra.
¿Qué haremos, Enobarbo?

Enobarbo.
Piensa, y muere.

Cleopatra.
¿Es culpa de Antonio o nuestra la que incurre en esto?

Enobarbo.
Solo de Antonio, pues eso le haría
señor de su razón. ¿Y qué si huíste
de ese gran semblante de la guerra, cuyos límites
se asustaban entre sí, por qué debería él seguirte?
La picazón de su afecto no debería entonces
mermar su capitaneidad; en ese punto,
cuando el mundo se opone mitad a mitad, él,
siendo la cuestión resuelta, se torna
en una vergüenza no menor que su pérdida,

al alzar tus banderas errantes
y dejar su armada a la contemplación.

Cleopatra.

Te ruego, silencio.

Entra [Eufónimo] el Embajador, junto con Antonio .

Antonio.

¿Es esa su respuesta?

Eufónimo.

Sí, mi señor.

Antonio.

Que ella lo sepa.

Envía a joven César esa cabeza encanecida,
y él llenará tus deseos hasta el tope
con principados.

Cleopatra.

¿Esa cabeza, mi señor?

Antonio.

A él, de nuevo. Dile que lleva la rosa
de la juventud sobre sí, de la que el mundo debe notar
algo especial; que su moneda, sus barcos, sus legiones,
pueden ser de un cobarde, cuyos ministros prevalecerían
al servicio de un niño tan pronto
como el mando de César; por ello os desafío
a apartar vuestras alegres comparaciones,
y a responderme, con espada bajada,
solo entre nosotros. Lo escribiré: sígueme.

(Exeunt Antonio y Eufónimo.)

(Enobarbo, en aside.) Sí, bastante; el gran César, despojado de su
felicidad,
quedará expuesto al espectáculo
contra un espadachín. Veo que los juicios de los hombres
son un paquete de sus fortunas, y lo exterior

arrastra lo interior tras sí, para que todos sufran igual.
Que él sueñe, sabiendo todas las medidas, que el propio César
responderá a su vacío. César, has subyugado
demasiado su juicio.

Entra un Criado .

Criado.

Un mensajero de César.

Cleopatra.

¿Qué, no hay más ceremonia? ¡Ved! Mis doncellas,
que contra la rosa marchita detengan sus narices,
las que se han postrado ante los brotes. Admitidlo, señor.

(El Criado sale.)

Enobarbo.

(En aside.) Mi honestidad y yo empezamos a cuadrar.
La lealtad bien aferrada a los necios hace
nuestra fe mera locura; pero aquel que puede soportar
seguir a un señor caído con lealtad,
vence a aquel que venció a su amo
y gana un lugar en la historia.

Entra Thyreus .

Cleopatra.

¿La voluntad de César?

Thyreus.

Escúchala aparte.

Cleopatra.

Nadie más que amigos; dilo con franqueza.

Thyreus.

Así, por ventura, son amigos de Antonio.

Enobarbo.

Él necesita tantos, señor, como tenga César,
o no nos necesita. Si a César le place, nuestro amo

saltará a ser su amigo; pues ya sabéis de quiénes somos, y eso es de César.

Thyreus.

Así entonces, tú, el más renombrado: César te ruega que no consideres más allá de ser simplemente César.

Cleopatra.

Adelante; ¡oh, tan real!

Thyreus.

Sabe que no abrazas a Antonio como solías amar, sino que lo temes.

Cleopatra.

¡Oh!

Thyreus.

Por ello, las cicatrices en tu honor las compadece, como marcas impuestas por la obligación, no como merecidas.

Cleopatra.

Él es un dios, y sabe lo que es más justo. Mi honor no fue entregado, sino simplemente conquistado.

Enobarbo.

(En aside.) Para estar seguro, le preguntaré a Antonio. Señor, señor, eres tan filtrable que debemos dejarte hundirte, por lo que más te importa. (Enobarbo sale.)

Thyreus.

¿Debo decirle a César lo que requieres de él? Pues en parte él suplica ser deseado para dar. Le complacería mucho que de sus fortunas hicieses un bastón en el que apoyarte; pero le alegraría oír de mí que habéis dejado a Antonio

y que os habéis puesto bajo su manto,
el patrón universal.

Cleopatra.
¿Cuál es tu nombre?

Thyreus.
Mi nombre es Thyreus.

Cleopatra.
¡Oh, mensajero tan bondadoso!
Dile a gran César lo siguiente: en representación,
beso su mano conquistadora; dile que estoy dispuesta
a postrar mi corona a sus pies y arrodillarme;
dile que, de su obediente aliento,
oigo el destino de Egipto.

Thyreus.
Es tu curso más noble.
La sabiduría y la fortuna combaten juntas,
y si la primera osa lo que puede,
ningún azar podrá sacudirla. Concédeme
la gracia de depositar mi deber en tu mano.

Cleopatra.
El padre de tu César, a menudo,
cuando meditaba en conquistar reinos,
ofrecía sus labios en ese lugar indigno,
como si llovieran besos.

Entran Antonio y Enobarbo .

Antonio.
¡Favores, por Júpiter que truena!
¿Qué eres, camarada?

Thyreus.
Uno que solo cumple
el mandato del hombre más completo, el más digno
de tener orden obedecido.

Enobarbo.

(En aside.) ¡Te van a azotar!

Antonio.

¡Acércate! ¡Ah, maldito farsante! ¡Ahora, dioses y demonios!
La autoridad se derrite en mí: últimamente, cuando exclamé "¡Ho!"
como niños ante la marea, los reyes se levantaban,
y decían, "¿Tu voluntad?" ¿No tienes oídos? Aún soy Antonio.

Entra un Criado .

Antonio.

¡Lleva a este bribón y azótalo!

Enobarbo.

(En aside.) Mejor es jugar con un cachorro de león
que con un viejo agonizante.

Antonio.

¡Luna y estrellas!

Azótadlo. Si fueran veinte los más grandes tributarios
que reconocen a César, y los hallase
tan insolentes con la mano de... ¿cómo se llamaba ella,
siendo Cleopatra? Azótadlo, camaradas,
hasta que, como un niño, se encoja la faz
y clame por piedad; llevadlo.

Thyreus.

¡Marco Antonio—!

Antonio.

Arrástralo; y, estando azotado,
tráedlo de nuevo; este bribón de César
nos llevará un mensaje de él. (Exeunt los Asistentes con Thyreus.)
"Estabas medio destrozado antes de que te conociera: ¿eh?
¿He dejado mi almohada sin pensar en Roma,
soportando obtener una carrera legítima,
y por un tesoro de mujeres, ser abusado
por uno que se aprovecha de los que se alimentan?"

Cleopatra.
¡Bien, mi señor—!

Antonio.
Siempre has sido un embaucador;
pero cuando en nuestra maldad nos endurecemos,
¡ay, qué miseria!—los dioses saborean nuestra ignorancia;
en nuestra propia suciedad se nos rompen los juicios;
nos hacen adorar nuestros errores; ríen mientras desfilamos
hacia nuestra confusión.

Cleopatra.
¡Oh, ha llegado a esto?

Antonio.
Te encontré como un manjar, frío, en el plato de César muerto;
no, fuiste un fragmento de Pompeyo; además, en horas más
intensas,
no registradas en la fama vulgar, has sido
lujosamente escogida; pues, estoy seguro,
aunque puedas intuir lo que la templanza debería ser,
no sabes lo que es realmente.

Cleopatra.
¿Por qué es esto?

Antonio.
Para que un hombre, que acepta recompensas
y dice "¡Que Dios te deje!", se familiarice con
mi compañero de juegos, tu mano; este sello real,
que eleva los corazones; ¡oh! Ojalá estuviera
en la colina de Basán para desafiar
a la manada de cuernos; tengo causa salvaje;
y proclamarlo civilizadamente sería como
un cuello colgado, por el que el verdugo agradece
tenerlo cerca.

Entra un Criado con Thyreus.

Antonio.
¿Está azotado?

Primer Asistente.
¡Fuertemente, mi señor!

Antonio.
¿Dijo que pedía clemencia?

Primer Asistente.
Sí, pidió favor.

Antonio.
Si tu padre vive, que se arrepienta
de haberte hecho su hija; y que tengas pesar
por seguir a César en su triunfo, ya que
has sido azotada por seguirle. De ahora en adelante,
la mano blanca de una dama te sacudirá,
para que al mirarte se enderece. Regresa a ver a César,
y dile lo que has padecido; dile que
me enfada, porque parece
orgullosa y desdeñosa, criticando lo que soy,
no lo que él sabía que yo era: eso me enoja;
y ahora es muy fácil hacerlo,
cuando mis antiguas estrellas, que solían guiarme,
han dejado vacíos sus orbes y han lanzado sus fuegos
al abismo del infierno. Si no le place
mi discurso y mis hechos, dile que tiene
a Hiparco, mi siervo emancipado, a quien
puede azotar, colgar o torturar a su antojo,
para dejarme; ¡exígelo!
¡Aparta tus golpes; vete ya! (Thyreus sale.)

Cleopatra.
¿Has terminado ya?

Antonio.
¡Ay de mí! Nuestra luna terrenal

se ha eclipsado; y solo ella presagia
la caída de Antonio.

Cleopatra.

Debo detener el tiempo.

Antonio.

¿Me mezclarás la mirada con alguien
que fije sus puntos, para aplacar a César?

Cleopatra.

¿Acaso aún no me conoces?

Antonio.

¿Eres fría de corazón hacia mí?

Cleopatra.

¡Oh, querido, si lo fuera,
que el cielo haga llover en mi corazón helado,
y lo envenene desde su fuente; y que la primera piedra
caiga sobre mi cuello: y conforme se determine,
se disuelva mi vida. Golpea al siguiente Césarión,
hasta que poco a poco la memoria de mi vientre,
junto con mis valientes egipcios,
queden sepultados sin rastro,
hasta que las moscas y los mosquitos del Nilo
los cubran como banquete!

Antonio.

Estoy satisfecho.

(César se sienta en Alejandría.)

Aquí me opondré a su destino. Nuestra fuerza en tierra
se ha mantenido con honor; nuestra armada dispersa
se ha reconstituido, y navega, amenazante, casi como el mar.
¿Dónde has estado, mi corazón? ¿Me oyes, señora?
Si regreso del campo para besar estos labios,
apareceré ensangrentado;
mi espada y yo escribiremos nuestra crónica:
aún hay esperanza.

Cleopatra.

¡Ese es mi valiente señor!

Antonio.

Me armaré con triple fuerza, de corazón y de aliento,
y lucharé con fiereza; porque en mis horas
de dicha y buena suerte, se compraban vidas
por meras chanzas; pero ahora fijaré mis dientes,
y enviaré a la oscuridad todo lo que me detenga.
Ven, tengamos otra noche ostentosa: llamad a todos
mis tristes capitanes; llenad nuestros tazones una vez más;
burlémonos de la campana de medianoche.

Cleopatra.

Es mi cumpleaños:
pensé que sería una celebración pobre; pero, puesto que mi señor
es Antonio de nuevo, seré Cleopatra.

Antonio.

Aún nos irá bien.

Cleopatra.

Llama a todos sus nobles capitanes a mi señor.

Antonio.

Hacedlo, y hablaremos con ellos; y esta noche forzaré
que el vino se filtre a través de sus cicatrices.
¡Vamos, mi reina; aún queda savia en ello!
La próxima vez que luche, haré que la muerte me ame,
pues contenderé
incluso contra su pestilente guadaña.

(Exeunt todos, salvo Enobarbo .)

Enobarbo.

Ahora él resistirá al relámpago.
Ser furioso es estar atemorizado por el miedo, y en ese estado
la paloma picotea la cornisa; y aún veo,
una disminución en la mente de nuestro capitán
que reaviva su corazón.

Cuando el valor devora la razón,
se consume la espada con la que lucha.
Buscaré
alguna forma de dejarlo.
(Exit.)

ACTO CUARTO

ESCENA PRIMERA

[Ante Alejandría. Campamento de César]

Entran César , Agripa y Mecenas con su ejército, mientras César lee una carta.

César.

Me llama "niño" y me reprende, como si tuviera el poder de echarme de Egipto; a mi mensajero lo ha azotado con varas; se atreve a retarme en combate personal, de César contra Antonio. Que el viejo rufian sepa que tengo muchas otras maneras de morir; mientras tanto, ríe ante su desafío.

Mecenas.

César debe pensar
que cuando uno tan grande comienza a enfurecerse, es perseguido
hasta caer. No le concedas aliento, sino ahora
aprovecha su distracción: jamás la ira
se ha guardado a sí misma de ser un buen guardián.

César.

Haced saber a nuestras mentes más brillantes
que mañana es la última de las muchas batallas
que pretendemos luchar. Entre nuestros archivos hay
a aquellos que sirvieron a Marco Antonio hace poco,
suficientes para capturarlo. Que así se haga;
y festejad con la armada; tenemos provisiones para ello,
y han ganado el desperdicio. ¡Pobre Antonio!

(Exeunt.)

ESCENA SEGUNDA

[Alejandría. Una habitación en el palacio]

Entran Antonio , Cleopatra , Enobarbo , Carmiana , Iras , Alexas y
otros.

Antonio.

Él no luchará conmigo, Domitius.

Enobarbo.

No.

Antonio.
¿Por qué no debe luchar?

Enobarbo.
Porque piensa, al tener veintidós veces mejor fortuna,
que es veintidós hombres a uno.

Antonio.
Mañana, soldado,
por mar y por tierra lucharé: o viviré,
o bañaré mi honor moribundo en sangre
y lo haré renacer. ¿Prometes luchar bien?

Enobarbo.
Golpearé, y gritaré: "¡Que tomen todo!"

Antonio.
Bien dicho; adelante.
Llamad a mis criados; esta noche
seamos generosos en nuestra cena.

Entran tres o cuatro Servidores .

Dame vuestra mano,
has sido verdaderamente honesto; así lo has sido;
tú, y tú, y tú: me habéis servido bien,
y hasta reyes han sido vuestros compañeros.

Cleopatra.
¿Qué significa esto?

Enobarbo.
(Al oído de Cleopatra.)
Es uno de esos trucos extraños que la pena escupe
desde la mente.

Antonio.
Y tú, también, eres honesto.
Ojalá pudiera multiplicarme en tantos hombres
y todos juntos formar un Antonio,
para poder serviros tan bien como me habéis servido.

Servidores.

¡Dioses, que así no sea!

Antonio.

Bien, mis buenos compañeros, esperadme esta noche, no escatiméis en copas, y sacad de mí tanto como cuando mi imperio era también vuestro, y obedecía mi mando.

Cleopatra.

(Al oído de Enobarbo.)

¿Qué quiere decir con eso?

Enobarbo.

(Al oído de Cleopatra.)

Que hará llorar a sus seguidores.

Antonio.

Atendedme esta noche; quizá sea el momento de vuestro deber: quizá ya no me volváis a ver; o, si acaso, una sombra mutilada: tal vez mañana sirváis a otro amo. Os miro como a quienes se despiden. Mis amigos leales, no os aparto; sino, como un amo casado a vuestro fiel servicio, permaneced hasta la muerte. Atendedme esta noche por dos horas, no pido más, y los dioses os concederán lo que os corresponde.

Enobarbo.

¿Qué quiere decir, señor, al darles este disgusto? Mirad, lloran; y yo, cual burro, tengo los ojos como cebollas: ¡qué vergüenza! No nos transforméis en mujeres.

Antonio.

¡Ho, ho, ho!

¡Maldita sea la bruja si quise decirlo así!

¡Que la gracia brote donde caen esas gotas!

Mis entrañables amigos,
me tomáis en un sentido demasiado doloroso,
porque os hablé para vuestro consuelo; deseé
que incendiase esta noche con antorchas. Sabed, mis queridos,
espero bien el mañana; y os guiaré
hacia una vida victoriosa
más que hacia la muerte y el honor. Vámonos a cenar, ivamos,
y ahogemos la consideración!

(Exeunt.)

ESCENA TERCERA

[Ante el palacio]

Entra una Compañía de Soldados .

Primer Soldado.

Hermano, buenas noches; mañana es el día.

Segundo Soldado.

Determinará el camino; os deseo buenas noches.
¿Habéis oído algo extraño de las calles?

Primer Soldado.

Nada. ¿Qué noticias?

Segundo Soldado.

Quizá solo es un rumor. Buenas noches.

Primer Soldado.

Bueno, señor, buenas noches.

Se encuentran con otros Soldados .

Segundo Soldado.
Soldados, estad atentos.

Tercer Soldado.
Y vosotros. Buenas noches, buenas noches.

Se posicionan en cada rincón del escenario.

Cuarto Soldado.
Aquí estamos:
(Toman sus puestos.)
Y si mañana
nuestra armada prospera, tengo absoluta esperanza
de que nuestros hombres de tierra se mantendrán firmes.

Tercer Soldado.
Es un ejército valiente,
lleno de determinación.

La música de los hautboys suena debajo del escenario.

Cuarto Soldado.
¡Paz! ¿Qué ruido es ese?

Primer Soldado.
¡Escuchad, escuchad!

Segundo Soldado.
¡Atended!

Primer Soldado.
¡Música en el aire!

Tercer Soldado.
¡Bajo la tierra!

Cuarto Soldado.
Parece bien, ¿no es cierto?

Tercer Soldado.
No.

Primer Soldado.
¡Paz, os lo digo!
¿Qué quiere decir esto?

Segundo Soldado.
Es el dios Hércules, a quien Antonio amaba,
que ahora lo abandona.

Primer Soldado.
¡Marchad! Veamos si otros centinelas
escuchan lo que hacemos.

(Se adelantan a otro puesto.)

Segundo Soldado.
¿Qué tal, señores?

(Todos juntos.)
—¡Qué tal! —¡Qué tal!— ¿oís esto?

Primer Soldado.
Sí; ¿no es extraño?

Tercer Soldado.
¿Oís, señores? ¿Oís?

Primer Soldado.
Seguid el ruido hasta donde tengamos cobertura;
veamos qué produce.

Todos.
Contentos.—¡Qué extraño!

(Exeunt.)

ESCENA CUARTA

[Una habitación en el palacio]

Entran Antonio y Cleopatra , con otros.

Antonio.

¡Eros! ¡Mi armadura, Eros!

Cleopatra.

Duérmete un poco.

Antonio.

No, mi amor. ¡Eros, ven; mi armadura, Eros!

Entra Eros (con armadura).

Antonio.

Ven, buen compañero, ponte mi hierro:
si la Fortuna hoy no es nuestra, es
porque la enfrentamos. ¡Ven!

Cleopatra.

No, yo también ayudaré.
¿Qué significa esto?

Antonio.

Ah, deja estar, deja estar; tú eres
el armero de mi corazón: falso, falso; esto, esto.

Cleopatra.

En verdad, ¡vaya! Ayudaré, pues así debe ser.

Antonio.

Bien, bien;
prosigamos. ¿Ves, buen compañero?
Ve y ponte tus defensas.

Eros.

Brevemente, señor.

Cleopatra.

¿No está esto bien abrochado?

Antonio.

Rara vez, rara vez:

quien lo desabroche, hasta que nosotros decidamos dejarlo para nuestro reposo, oírás una tormenta.

¡Tropiezas, Eros; y mi reina es una paje más exigente en esto que tú! ¡Despacha!

¡Oh, amor, ojalá pudieras ver mis guerras hoy, y supieras la ocupación real; deberías ver a un obrero en ello!

Entra un Soldado armado .

Soldado.

¡Buenos días! Bienvenido;
pareces alguien que conoce el valor de la lucha:
para el negocio que amamos, nos levantamos temprano,
y lo emprendemos con deleite.

Soldado.

¡Mil, señor!
Aunque sea temprano, llevan en su aspecto afianzado,
y en el puerto se os espera.

(Se oyen trompetas; florecen.)

Entran Capitanes y Soldados .

Capitán.

La mañana es hermosa. Buenos días, general.

Todos.

Buenos días, general.

Antonio.

Está bien soplada, muchachos.

Esta mañana, como el espíritu de la juventud
que desea ser notado, comienza temprano.
Así, así; venid, dadme eso: por aquí; bien dicho.
Adiós, señora, lo que fuere de mí;
esto es un beso de soldado.

(La besa.)

Sería censurable y digno, de avergonzarse,
quedarse en un cumplido demasiado mecánico; os dejaré
ahora, como un hombre de acero.

Vosotros, que queréis luchar,
seguidme de cerca; os llevaré a ello. ¡Adiós!

(Exeunt Antonio , Eros , Capitanes y Soldados .)

Carmiana.

Por favor, retiráos a vuestros aposentos.

Cleopatra.

Llévame.

*(Él sale gallardamente. "Eso él y César podrían
decidir esta gran guerra en un solo combate.

Luego, Antonio... pero ahora... bien, adelante."

(Exeunt.)

ESCENA QUINTA

[Alejandría. Campamento de Antonio]

Suena trompeta. Entran Antonio y Eros [un Soldado se encuentra con ellos].

Soldado.

¡Que los dioses hagan de este un día feliz para Antonio!

Antonio.

¡Ojalá tú y aquellos de tus cicatrices hubiérais prevalecido para hacerme luchar en tierra!

Soldado.

Si lo hubieses hecho,
los reyes que se han sublevado y el soldado
que esta mañana te abandonó, aún habrían
seguido tus pasos.

Antonio.

¿Quién se fue esta mañana?

Soldado.

¿Quién?

¡Siempre hay uno cerca de ti! Llama a Enobarbo ;
no te oirá; o desde el campamento de César
di: "No soy de los tuyos."

Antonio.

¿Qué dices?

Soldado.

Señor,
está con César.

Eros.

Señor, su armadura y su tesoro
no están con él.

Antonio.

¿Se ha marchado?

Soldado.

Muy cierto.

Antonio.

Anda, Eros , envía tras él su tesoro; hazlo,
no detengas ni un ápice, te lo ordeno. Escríbele—
yo firmaré—sutiles despedidas y saludos;
di que deseo que nunca encuentre más motivo
para cambiar de amo. ¡Oh, cómo mis fortunas
han corrompido a hombres honrados! Despacha.
¡Enobarbo!

(Exeunt.)

ESCENA SEXTA

[Ante Alejandría. Campamento de César]

(Florece.) Entran Agripa , César , con Enobarbo y Dolabella .

César.

¡Adelante, Agripa, y comienza el combate!
Nuestra intención es que Antonio sea capturado vivo;
házselo saber.

Agripa.

César, lo haré.

(Sale.)

César.

El tiempo de la paz universal está cerca:
demostrad que hoy es un día próspero, y el mundo
tricornado llevará la oliva libremente.

Entra un Mensajero .

Mensajero.

Antonio
ha entrado al campo.

César.

¡Ve, Agripa, carga contra ellos!
Coloca en la vanguardia a los que se han sublevado,
para que Antonio parezca descargar su furia
sobre sí mismo.
(Exeunt César y su Comitiva.)

Enobarbo.

Alexas se sublevó, y se fue a Judea por asuntos de Antonio;
allí convenció al gran Herodes de inclinarse ante César
y abandonar a su amo Antonio: por tal motivo
César lo ha colgado. Canidius y el resto
que desertaron tienen entretenimiento,
pero sin confianza honorable. He actuado mal,
de lo cual me acuso con tanta fuerza
que ya no encontraré alegría.

Entra un Soldado de César.

Soldado.

¡Enobarbo, Antonio
te ha enviado tras ti todo tu tesoro, con
su excedente de generosidad! El mensajero
vino mientras yo vigilaba; y en tu tienda
se están descargando sus mulas.

Enobarbo.

Te lo entrego.

Soldado.

No te burles, Enobarbo.
Te digo la verdad: bien hubiera salvado al portador
de entre el ejército; debo cumplir mi deber
o de lo contrario lo habría hecho yo mismo.

Tu emperador
sigue siendo un Júpiter.
(Sale.)

Enobarbo.

Yo soy el único villano en la tierra,
y me siento así sobre todo. ¡Oh, Antonio!
¡Tú, fuente de mis bendiciones, cómo habrías pagado
mejor por mi servicio, si mi inmundicia
la coronaras con oro! Esto me rompe el corazón:
si el pensamiento veloz no lo quebranta, un medio más rápido
lo superará; pero siento que el pensamiento lo hará.
¡Lucho contra ti! No: buscaré
algún foso en el que morir; que lo más vil
se acomode a mi última parte de vida.
(Sale.)

ESCENA SÉPTIMA

[Campo de batalla entre los campamentos]

(Alarma. Suenan tambores y trompetas.)

Entra Agripa .

Agripa.

Retiráos, nos hemos comprometido demasiado.
El mismísimo César tiene asuntos que atender,
y nuestra opresión excede lo que esperábamos.
(Exeunt.)

(Alarma. Entran Antonio y Scarus , herido.)

Scarus.

¡Oh, mi valiente emperador, esto se ha combatido de verdad!
Si lo hubiésemos hecho al inicio, los habríamos
impulsado a casa con bofetadas en la cabeza.

Antonio.

Estás sangrando rápidamente.

Scarus.

Tuve una herida aquí que parecía una "T",
pero ahora se ha convertido en una "H."

Antonio.

Se retiran.

Scarus.

Los aplastaremos hasta dejarlos en huecos; aún
tengo lugar para seis golpes más.

Entra Eros .

Eros.

Están vencidos, señor; y nuestra ventaja nos asegura
una victoria justa.

Scarus.

Aplastemos sus espaldas,
y arranquémoslos, como se cazan liebres, por detrás:
es diversión destrozar a un fugitivo.

Antonio.

Te recompensaré
una vez por tu vivaz consuelo, y diez veces
por tu buen valor. Ven, acompáñame.

Scarus.

Yo esperaré luego.

(Exeunt.)

ESCENA OCTAVA

[Bajo las murallas de Alejandría]

(Alarma. Entra nuevamente Antonio en marcha; Scarus , con otros.)

Antonio.

Los hemos llevado a su campamento; envía uno antes y haz que la reina sepa de nuestros movimientos. Mañana, antes de que el sol despunte, derramaremos la sangre que hoy se nos ha escapado. Os agradezco a todos; sois de manos valientes y habéis combatido no como servís a la causa, sino como si cada hombre fuese como yo; habéis mostrado la entereza de Héctor. Entrad en la ciudad, cortaos a vuestros esposos, a vuestros amigos, contadles vuestros hechos; mientras ellos, con lágrimas de júbilo, lavan el coágulo de vuestras heridas, y besan los cortes honrados por completo.
(Dirigiéndose a Scarus .) Dame tu mano:

Entra Cleopatra [acompañada].

A esta gran hada encomendaré tus hechos, haz que sus bendiciones te colmen. ¡Oh, día del mundo! Encadena mi cuello armado; salta, con vestiduras y todo, a través de la prueba del arnés hasta mi corazón, y allí monta triunfante sobre tus pantalones.

Cleopatra.

¡Señor de señores!
¡Oh, virtud infinita! ¿Acaso vienes sonriendo libre del gran lazo del mundo?

Antonio.

Mi ruiseñor,
hemos llevado a nuestros enemigos a sus lechos. ¡Qué, muchacha!
Aunque de color gris, haz algo para mezclarte con nuestro tono más
joven; sin embargo, tenemos
un intelecto que nutre nuestros nervios, y que puede
alcanzar la juventud en cada meta. Contempla a este hombre;
entrégale tu mano que favorece,
bésala, mi guerrero: hoy ha combatido
como si un dios, en odio hacia la humanidad,
hubiese destruido de tal modo.

Cleopatra.

Te daré, amigo,
una armadura completamente de oro; era de un rey.

Antonio.

Se lo merece, aunque fuese adornada
como el carro sagrado de Febo. Dame tu mano:
a través de Alejandría hagamos una marcha jovial;
llevad nuestras cabezas cortadas como hacen los que las deben;
si nuestro gran palacio tuviese capacidad
para acampar a este ejército, todos cenaríamos juntos
y brindaríamos por el destino del día siguiente,
que promete un peligro real.
¡Trompetas, con estruendo de bronce,
contaminad el oído de la ciudad,
y mezclad con nuestros pandilleros tamboriles,
para que el cielo y la tierra unan sus sonidos
aplaudiendo nuestra llegada!
(Exeunt.)

ESCENA NOVENA

[Campamento de César]

Entra un Centinela y su Compañía; sigue Enobarbo .

Primer Soldado.

Si no nos alivian en esta hora,
deberemos regresar al cuartel: la noche
brilla, y dicen que a la segunda hora
se peleará.

Segundo Soldado.

Este último día fue
muy agudo, de veras.

Enobarbo.

¡Oh, que la noche sea testigo de mí!

Tercer Soldado.

¿Qué hombre es este?

Segundo Soldado.

Acerquéos y escúchadle.

Enobarbo.

Sé testigo, oh luna bendita,
cuando los hombres se rebele
y en el registro quede
la memoria odiosa; pobre Enobarbo
se arrepintió ante tu faz.

Primer Soldado.

¡Enobarbo!

Tercer Soldado.
¡Silencio!
Escuchad más.

Enobarbo.
Oh, soberana dueña de la verdadera melancolía,
que la humedad venenosa de la noche me inunde,
para que la vida, rebelde a mi voluntad,
ya no se aferre a mí; arroja mi corazón
contra la pedernal dureza de mi culpa,
que, al secarse con el dolor, se haga polvo
y termine con todos los pensamientos inmundos.
¡Oh, Antonio!
Más noble que mi revuelta es mi infamia,
perdóname en lo personal;
pero deja que el mundo me catalogue
como un maestro que abandona y un fugitivo.
¡Oh, Antonio! ¡Oh, Antonio!
(Muere.)

Segundo Soldado.
¡Hablemos con él!

Primer Soldado.
Escuchemosle, pues sus palabras
pueden concernir a César.

Tercer Soldado.
Hagámoslo. Pero él duerme.

Primer Soldado.
Más bien parece herido; jamás oí
una súplica tan terrible para dormir.

Segundo Soldado.
Vamos a él.

Tercer Soldado.
¡Despierta, señor, despierta! ¡Háblanos!

Segundo Soldado.
¿Nos oís, señor?

Primer Soldado.
La mano de la muerte lo ha reclamado.
Se oyen tambores a lo lejos.
¡Escuchad! Los tambores
despiertan suavemente a los dormidos.
Llémoslo
al cuartel; es alguien notable: nuestra hora
se ha acabado.

Tercer Soldado.
Venga, entonces; puede que aún se recupere.
(Exeunt con el cuerpo.)

ESCENA DÉCIMA

[Entre los dos campamentos]

Entran Antonio y Scarus , con su ejército.

Antonio.
Su preparación es hoy por mar;
no nos agradan por tierra.

Scarus.
Por ambos, mi señor.

Antonio.
¡Ojalá pelearan en el fuego o en el aire;
también lucharíamos allí! Mas esto es lo que hay:

nuestros pies, sobre las colinas contiguas a la ciudad,
permanecerán con nosotros; se ha dado la orden para el mar,
han extendido el refugio,
donde mejor descubriremos
su cita y observaremos su empeño.
(Exeunt.)

Entran César y su ejército.

César.

Mas, al estar encomendados, nos quedaremos por tierra,
lo cual, según entiendo, ocurrirá;
pues su mejor fuerza se destina a triplicar sus galeras.
¡Hacia los valles, y conservemos nuestra mayor ventaja!
(Exeunt.)

Entran nuevamente Antonio y Scarus .

Antonio.

Sin embargo, aún no se han unido.
Donde se alza aquel pino, descubriré todo;
te daré palabra directa de cómo será.
(Exit.)

Scarus.

Han construido golondrinas
en las velas de Cleopatra, formando sus nidos;
los augures dicen que no lo saben, no pueden decirlo;
mirad severamente, y no os atreváis a pronunciar lo que sabéis.
Antonio es valiente y abatido; y, a intervalos,
sus fortunas agobiadas le infunden tanto esperanza como temor
de lo que posee y de lo que le falta.

(Alarma a lo lejos, como en una batalla naval.)

Entran Antonio .

Antonio.

¡Todo está perdido!

¡Este vil egipcio me ha traicionado!

Mi flota se ha rendido ante el enemigo, y allá,
alzando sus cascos, se festejan juntos
como amigos muy distantes. ¡Perra de triple vuelta!
Tú me has vendido a este novato, y mi corazón
se empeña únicamente en guerrear contra ti.

¡Manda que todos huyan!

Porque cuando me venga de mi encanto,
habré terminado todo. ¡Manda que todos huyan; id!
(Scarus sale.)

¡Oh sol! Ya no veré tu salida;
la fortuna y Antonio se separan aquí;
aquí mismo nos damos la mano.

¿Todo se reduce a esto?

Los corazones que me lamieron los talones, a quienes concedí
sus deseos, se deshacen, derritiendo sus dulzores
sobre un César floreciente; y este pino está cubierto de corteza,
que los ha superado a todos. ¡He sido traicionado!

¡Oh, esta falsa alma de Egipto! ¡Este encanto funesto,
cuyo ojo convocó mis guerras y las llamó de regreso,
cuyo seno fue mi corona, mi fin principal,
como la verdadera gitana, ha, a raudales y a suertes,
engañado mi mismo corazón hasta la más profunda pérdida!
¿Qué, ¡Eros! ¡Eros!

Entra Cleopatra .

Cleopatra.

¡Ah, ese embrujo! ¡Quítate!

Cleopatra (al público, en aside).

¿Por qué mi señor está encendido contra su amor?

(44)

Antonio.

¡Desaparece, o te daré lo que mereces,

y mancillaré el triunfo de César!
¡Que él te tome y te levante ante los plebeyos que gritan;
sigue su carro, como el mayor punto
de todo tu género; muestra, de manera monstruosa,
lo peor de los insignificantes, de los necios;
y deja que la paciente Octavia arada tu faz
con sus uñas preparadas!

(Cleopatra sale.)

Bien te has marchado,
si vivir es bueno; pero sería mejor
que cayeras en mi furia, pues una muerte
podría haber evitado muchas.

¡Eros, eh!

La camisa de Nessus está sobre mí; enséñame,
¡Alcides, tú mi ancestro, enséñame tu furia!
¡Que fije a Lichas en los cuernos de la luna;
y con esas manos, que empuñaron el garrote más pesado,
domina mi yo más digno!

¡La bruja morirá:

al joven romano me ha vendido, y yo caigo
bajo este complot; ella morirá por ello!

Eros, eh (sale)

ESCENA UNDÉCIMA

[Alejandría. Una habitación en el palacio]

Entran Cleopatra , Charmian , Iras y Mardian .

Cleopatra.
¡Ayudadme, mis mujeres!
¡Oh, él está más loco que Telamón por su escudo;
el jabalí de Tesalia jamás estuvo tan adornado!

Charmian.
¡Al monumento!
Enciérrate allí, y envíale mensaje de que estás muerta.

(4)
El alma y el cuerpo no se separan más al partir
que la grandeza al disolverse.

Cleopatra.
¡Al monumento!
Mardian, ve y dile que me he suicidado;
di que lo último que dije fue "Antonio,"
y comunícaselo, te lo ruego, con compasión.
¡Vete, Mardian, y tráeme noticias de cómo recibe mi muerte!
¡Al monumento!
(Exeunt.)

ESCENA DOCEAVA

Escena Doce

[Otra sala]

Marco Antonio: ¿Eros, aún me contemplas?

Eros: Sí, noble señor.

Marco Antonio: A veces vemos una nube que se torna draconiana;
un vapor a veces semejante a un oso o león,
una ciudadela encaramada, una roca suspendida,
una montaña bifurcada, o un promontorio azul
con árboles sobre él, que asienten al mundo
y se burlan de nuestra vista: has visto estas señales;
son los desfiles negros del crepúsculo.

Eros: Sí, mi señor.

Marco Antonio: Aquello que ahora es un caballo, con un solo pensamiento
la horquilla desdibuja, y lo vuelve indistinto,
como el agua se pierde en el agua.

Eros: Así es, mi señor.

Marco Antonio: Mi buen criado, Eros, ahora tu capitán es
incluso tal cuerpo: aquí estoy, Marco Antonio;
sin embargo, no puedo retener esta forma visible, mi criado.
Hice estas guerras por Egipto; y la reina,
cuyo corazón creí haber ganado, pues ella poseía el mío,
el cual, mientras fue mío, se anexó
con un millón más, ahora perdido; ella, Eros,
ha jugado a las cartas con César, y falsamente ha mancillado mi
gloria
ante el triunfo de un enemigo.
No llores, dulce Eros; nos queda
solo a nosotros terminar con nosotros mismos.

[Entra Mardiano.]

Mardiano: ¡Oh! ¡Tu vil dama!
Me ha despojado de mi espada.

Marco Antonio: No, Marco Antonio;
mi señora te amó, y sus fortunas se mezclaron
enteramente con las tuyas.

Mardiano: ¡Anto, mi señor!

La muerte de una persona solo puede pagarse una vez, y eso ella ya lo ha hecho. Lo que tú quisieras hacer se ha hecho sobre tu mano; lo último que habló fue: "¡Marco Antonio! ¡Noble Marco Antonio!" Luego, en medio, un gemido desgarrador rompió el nombre de Marco Antonio; se dividió entre su corazón y labios. Devolvió la vida, tu nombre tan sepultado en ella.

Marco Antonio: ¿Muerta, entonces?

Mardiano: Muerta.

Marco Antonio: Desármense, Eros; se ha cumplido la larga faena del día,

y debemos dormir. [Dirigiéndose a Mardiano:] Que partas de aquí ileso

paga tu labor ricamente; vete. [Mardiano sale.]

¡Fuera, arráncate:

el escudo septuplicado de Ajax no puede detener

la embestida contra mi corazón! ¡Oh! ¡Divídete, mis costados!

Corazón, si alguna vez fuiste más fuerte que tu contorno,

¡quiebra tu frágil prisión! Rápido, Eros, rápido.

No más soldado; retiraos, pedazos magullados,

habéis sido llevados con nobleza. Apartaos de mí por un momento.

[Eros sale.]

Me encargaré de ti, Cleopatra, y

lloraré por mi perdón. Así debe ser, porque ahora

cada instante es tortura; puesto que la antorcha se ha extinguido,

acuéstate, y no te desvíes más. Ahora toda fatiga

mancha lo que hace; sí, la fuerza se enreda

con la misma fortaleza; sella entonces, y todo estará acabado.

¡Eros!—voy, mi reina.—¡Eros!—Quédate por mí:

donde las almas reposan sobre flores, de la mano iremos,

y con nuestro animoso porte haremos que los fantasmas miren;

Dido y su Eneas carecerán de tropas,
y toda la morada será nuestra. ¡Ven, Eros! ¡Eros!

[Entra Eros.]

Eros: ¿Qué desea mi señor?

Marco Antonio: Desde que Cleopatra murió,
he vivido con tan deshonra, que los dioses
desprecian mi vil naturaleza. Yo, que con mi espada
partí el mundo en cuartos, y sobre el dorso del verde Neptuno,
con barcos formé ciudades, me condeno a carecer
del valor de una mujer; mente menos noble
que la de ella, quien con su muerte nuestro César declara:
"Soy conquistador de mí mismo." Eres tú, Eros, jurado,
que cuando surja lo ineludible—lo cual ahora
ya ha llegado—cuando vea tras de mí
la inevitable persecución de
deshonra y horror, que, por mi mandato,
entonces me matarás: hazlo; ha llegado la hora.
No me golpeas, sino que a César lo derrocas.
Dale color a tus mejillas.

Eros: ¡Los dioses me lo impiden!
¿Haceré aquello que ni las lanzas partas de Partia,
aunque enemigas, erraron el blanco y no pudieron?

Marco Antonio: Eros,
¿Acaso quisieras ser enjaulado en la gran Roma, y ver
a tu señor así, con los brazos flácidos, inclinando
su cuello corregible, su rostro sometido
a una vergüenza penetrante, mientras el trono
de un afortunado César, arrastrado ante él, marcaba
su vil naturaleza que siguió?

Eros: No quisiera verlo.

Marco Antonio: Ven, pues; que con una herida debo ser curado.
Empuña esa honrada espada, que has portado
tan útilmente por tu patria.

Eros: ¡Oh, señor! Perdóname.

Marco Antonio: Cuando te hice libre, ¿no juraste entonces hacer esto cuando te lo ordené? Hazlo de una vez, o tus servicios anteriores no serán más que accidentes sin propósito. Empuña, y ven.

Eros: Apártate de mí, entonces, de ese noble semblante, en el que reside la veneración de todo el mundo.

Marco Antonio: ¡Mira tú! [Apartándose de él.]

Eros: Mi espada está desenvainada.

Marco Antonio: Entonces, haz de inmediato lo que te hizo desenvainarla.

Eros: Mi querido señor, mi capitán y mi emperador, déjame decir, antes de dar este sangriento golpe, adiós.

Marco Antonio: Se dice, hombre; y adiós.

Eros: Adiós, gran jefe. ¿Debo golpear ahora?

Marco Antonio: Ahora, Eros.

Eros: Pues bien, allí; así escapo de la pena que se suicida.
De la muerte de Marco Antonio.

Marco Antonio: ¡Tres veces más noble que yo! Me enseñas, oh valiente Eros, lo que yo debería, y tú no pudiste. Mi reina y tú, Eros, han inscrito en mí una nobleza registrada; pero yo seré un novio en mi muerte, y entraré en ella como a la cama de un amante. Ven, pues; y, Eros, tu señor muere siendo tu discípulo: para hacer así [Se arroja su espada sobre sí mismo.] Te he aprendido. ¿Cómo? ¿No muerto? ¿No muerto? ¡La guardia, eh! ¡Oh! Despachadme.

[Entran [Dercetas y] Guardia.]

Primer Guardia: ¿Qué ruido es ese?

Marco Antonio: He hecho mal mi obra, amigos: ¡oh! pongan fin a lo que he comenzado.

Segundo Guardia: La estrella ha caído.

Primer Guardia: Y el tiempo ha llegado a su hora.

Todos: ¡Ay, desgracia y pena!

Marco Antonio: Que quien me ame me dé muerte.

Primer Guardia: Yo no.

Segundo Guardia: Yo tampoco.

Tercer Guardia: Ni nadie. [Salen la Guardia.]

Dercetas: Tu muerte y fortuna ordenan a tus seguidores huir. Esta espada, mostrada solo a César, con estas noticias, entrará en mí junto a él.

[Entra Diomedes.]

Diomedes: ¿Dónde está Marco Antonio?

Dercetas: Allí, Diomedes, allí.

Diomedes: ¿Vive?

¿No responderás, hombre? [Sale Dercetas.]

Marco Antonio: ¿Estás allí, Diomedes? Desenvaina tu espada, y danos golpes suficientes para la muerte.

Diomedes: Señor, de la manera más absoluta, mi señora Cleopatra me envió a ti.

Marco Antonio: ¿Cuándo te envió ella?

Diomedes: Ahora, mi señor.

Marco Antonio: ¿Dónde está ella?

Diomedes: Encerrada en su monumento. Tenía un temor profético de lo que iba a suceder; pues cuando vio—

lo que jamás se hallará—sospechaste
que se había deshecho de César, y que tu ira
no se apaciguaría, te mandó dar la noticia de que estaba muerta;
pero, temiendo cómo podría resultar, me ha enviado
a proclamar la verdad; y he venido,
temo, demasiado tarde.

Marco Antonio: Demasiado tarde, buen Diomedes. Llama a mi
guardia, te ruego.

Diomedes: ¡Eh, mirad! ¡La guardia del emperador! ¡La guardia,
mirad!
¡Venid, vuestro señor llama!

[Entran cuatro o cinco de la Guardia de Marco Antonio.]

Marco Antonio: Llevadme, buenos amigos, hasta donde habita
Cleopatra;
es el último encargo que os encomiendo.

Primer Guardia: ¡Ay, ay, señor, no vivirás para desgastar
a todos tus verdaderos seguidores!

Todos: ¡Día de gran pesar!

Marco Antonio: No, queridos compañeros, no complacáis al azar
agudo
con agraviarlo con vuestras penas; deis la bienvenida
a ese castigo que nos visita, y lo castigamos
aparentando llevarlo con ligereza. Levadme; os he guiado muchas
veces; llevadme ahora, buenos amigos,
y recibid mi agradecimiento por todo.

[Salen, llevando a Marco Antonio.]

ESCENA TRECEAVA

[Un Monumento]

[Entra Cleopatra y sus doncellas en lo alto, con Carmiana e Iras .]

Cleopatra: ¡Oh, Carmiana! Nunca me iré de aquí.

Carmiana: Consuélate, querida señora.

Cleopatra: No, no lo haré.

Todos los extraños y terribles sucesos son bienvenidos, mas los consuelos despreciamos; nuestra medida de dolor, proporcionada a nuestra causa, ha de ser tan grande como aquello que lo origina.

[Entra Diomedes por abajo.]

Cleopatra: ¡Eh! ¿Está muerto?

Diomedes: Su muerte pesa sobre él, pero no ha muerto. Mira al otro lado de tu monumento; su guardia lo ha llevado allí.

[Entra Marco Antonio por abajo, llevado por la Guardia.]

Cleopatra: ¡Oh, sol! Quema la gran esfera en la que te mueves; oscura se yergue la ribera variable del mundo.
¡Oh, Marco Antonio, Marco Antonio, Marco Antonio!
¡Ayudad, Carmiana, ayudad, Iras, ayudad;
amigos de abajo, ayudad: arrastrémoslo hacia aquí!

Marco Antonio: ¡Silencio!

No fue el valor de César el que derribó a Marco Antonio, sino que el de Marco Antonio ha triunfado sobre sí mismo.

Cleopatra: Así debe ser, que nadie sino Marco Antonio conquiste a Marco Antonio; ¡pero ay, es así!

Marco Antonio: Estoy muriendo, Egipto, muriendo; solo imploro a la muerte un instante, hasta que de entre miles de besos, el pobre último lo deposite en tus labios.

Cleopatra: No me atrevo, querido,— querido mi señor, perdón,— no me atrevo, no sea que me capturen: jamás se adornará conmigo el imponente semblante del afortunado César; si cuchillo, veneno o serpientes tienen filo, aguijón o acción, estaré a salvo: tu esposa Octavia, con sus modestos ojos y constante resolución, no adquirirá honor alguno vacilando sobre mí. Mas ven, ven, Marco Antonio,— ayudadme, mis mujeres,—debemos levantaros. ¡Auxiliad, buenos amigos!

Marco Antonio: ¡Oh, rápido, o me habré ido!

Cleopatra: ¡Vaya espectáculo! ¡Cuán pesado pesa mi señor! Toda nuestra fuerza se ha convertido en pesadez, que engendra el peso. Si tuviera el poder de la gran Juno, el alado Mercurio te levantaría y te situaría al lado de Júpiter. Mas ven un poco, los deseosos han sido siempre necios. ¡Oh, ven, ven, ven!

Arrastran a Marco Antonio en alto hacia Cleopatra. ¡Y bienvenido, bienvenido! Muere donde has vivido; revívelo con besos; si mis labios tuvieran ese poder, así los desgastaría.

Todos: ¡Qué vista tan pesada!

Marco Antonio: Estoy muriendo, Egipto, muriendo: dadme algo de vino y permitidme hablar un poco.

Cleopatra: No, dejadme hablar; y dejadme despotricar tan alto, que la falsa consorte de la Fortuna rompa su rueda, provocada por mi ofensa.

Marco Antonio: Una palabra, dulce reina.
Busca tu honor junto a tu seguridad en lo que respecta a César.
¡Oh!

Cleopatra: No se combinan.

Marco Antonio: Suavemente, escúchame:
nadie en torno a César inspira confianza, salvo Proculeo.

Cleopatra: Con mi resolución y mis manos confiaré;
en torno a César, nadie.

Marco Antonio: El miserable cambio que ahora acontece en mi final
no merece lamento ni tristeza; mas deleitad vuestros pensamientos alimentándolos con aquellas fortunas pasadas en que viví, el príncipe más grande del mundo, el más noble; y ahora no moriré de forma vil, ni me quitaré cobardemente el yelmo ante mi compatriota; un romano, por un romano, valientemente vencido. Ahora mi espíritu se va; ya no puedo más.

Cleopatra: ¿El hombre más noble ha de morir?
¿Acaso no te importo? ¿He de yo permanecer en este mundo deslucido, que en tu ausencia no es mejor que un pocilga? ¡Oh, ved, mis mujeres, [Marco Antonio muere.]

La corona de la tierra se derrite.

¡Mi señor! ¡Oh, marchita está la guirnalda de la guerra, ha caído el asta del soldado; los muchachos y muchachas ya están al nivel de los hombres; se han desvanecido las probabilidades, y nada notable queda bajo la luna que nos visita! [Se desmaya.]

Carmiana: ¡Oh, calma, señora!

Iras: Ella también ha muerto, nuestra soberana.

Carmiana: ¡Señora!

Iras: ¡Señora!

Carmiana: ¡Oh, señora, señora, señora!

Iras: ¡Egipto Real! ¡Emperatriz!

Carmiana: ¡Paz, paz, Iras!

Cleopatra: Nada más, ni siquiera una mujer,
y gobernada por una pasión tan pobre como la de la criada que
ordeña

y realiza las tareas más humildes.

Sería para mí lanzar mi cetro a los dioses injuriosos,
para decirles que este mundo era igual al de ellos
hasta que nos robaron nuestra joya.

Todo es nada; la paciencia es necia,

y la impaciencia se acomoda a un perro enloquecido;

¿es pecado apresurarse a la casa secreta de la muerte,
antes de que la muerte se atreva a venir a nosotros?

¿Cómo estáis, mujeres? ¿Qué, qué! ¡Ánimo!

¡Eh, cómo andas, Carmiana!

¡Mis nobles chicas! ¡Ah, mujeres, mujeres, mirad!

Nuestra lámpara se ha consumido, se ha apagado.

¡Buenos señores, tened corazón;—

enterrémoslo; y luego, lo que es valiente, lo que es noble,
hagámoslo a la alta usanza romana,

y hagamos que la muerte se enorgullezca de llevarnos!

Venid, idos;

este caso de ese enorme espíritu ahora está frío;

¡ah, mujeres, mujeres! Venid;

no tenemos amigo sino la resolución,

y el final más breve.

[Salen, llevándose el cuerpo de Marco Antonio.]

1. [Antonio y Cleopatra - William Shakespeare](#)
2. [Antonio y Cleopatra - William Shakespeare](#)
3. [Personajes de la obra](#)
4. [ACTO PRIMERO](#)
 1. [Escena Primera](#)
 2. [Escena Segunda](#)
 3. [Escena Tercera](#)
 4. [Escena Cuarta](#)
 5. [Escena Quinta](#)
5. [ACTO SEGUNDO](#)
 1. [Escena Primera](#)
 2. [Escena Segunda](#)
 3. [Escena Tercera](#)
 4. [Escena Cuarta](#)
 5. [Escena Quinta](#)
 6. [Escena Sexta](#)
 7. [Escena Séptima](#)
6. [ACTO TERCERO](#)
 1. [Escena Primera](#)
 2. [Escena Segunda](#)
 3. [Escena Tercera](#)
 4. [Escena Cuarta](#)
 5. [Escena Quinta](#)
 6. [Escena Sexta](#)
 7. [Escena Séptima](#)
 8. [Escena Octava](#)
 9. [Escena Novena](#)
 10. [Escena Décima](#)
 11. [Escena Undécima](#)
7. [ACTO CUARTO](#)
 1. [Escena Primera](#)
 2. [Escena Segunda](#)
 3. [Escena Tercera](#)
 4. [Escena Cuarta](#)
 5. [Escena Quinta](#)

6. [Escena Sexta](#)
7. [Escena Séptima](#)
8. [Escena Octava](#)
9. [Escena Novena](#)
10. [Escena Décima](#)
11. [Escena Undécima](#)
12. [Escena Doceava](#)
13. [Escena Treceava](#)

¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE
WWW.ELEJANDRIA.COM!

DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE OBRAS DE DOMINIO
PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA WEB